



El hampa se moderniza

RALPH BARBY





SS **SERVICIO SECRETO**



RALPH BARBY

EL HAMPA SE MODERNIZA

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.007
Publicación semanal
Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO**

Depósito legal B 35.367 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1969

© RALPH BARBY - 1969

sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

—Atención, atención, señores pasajeros, éste es el último aviso. Por favor, ocupen sus asientos y abrochen sus cinturones.

Abby L. Morton estiró las piernas. Bostezó ligeramente y se sujetó el cinturón tal como estaba ordenado. Hubiera encendido un pitillo, pero de sobras sabía que estaba prohibido hacerlo cuando el aparato despegaba o aterrizaba como en aquellos instantes.

—La compañía desea que este viaje, de once horas, desde Nueva York a Las Vegas haya resultado de plena satisfacción para todos ustedes y esperamos volver a saludarles próximamente, siempre que no dejen todo su dinero en Las Vegas —se permitió el chistecito la azafata.

La gente rió levemente, era obligado hacerlo, aunque el chiste hubiera brotado de los labios de la cuica por enésima vez y se lo hubiera inventado el *public relations* de la compañía.

—Dentro de tres minutos aterrizaremos en el aeropuerto de McCarran. Particularmente les sugiero que para salvar la distancia de ocho kilómetros que separa el aeropuerto de la ciudad tomen el «limousine», que sólo cuesta un dólar. Buena estancia en Las Vegas. El capitán Shoren, en compañía de toda la tripulación, les saluda.

La comunicación se cortó.

El tetrareactor se había inclinado hacia abajo en un ángulo muy pronunciado. Luego, buscó levemente la horizontal. Se notó un ligero bote y el avión rodaba ya por la pista cementada. Tras aquel aparato, otro proveniente de Chicago ya estaba iniciando el descenso.

A Abby L. Morton no le agradaban los viajes demasiado largos porque se perdía mucho tiempo en ellos, pero qué remedio le quedaba sino aguantarse. Los Estados Unidos era un país demasiado vasto y para ir de costa a costa había que sobrepasar la distancia de cuatro mil kilómetros.

«Más tardaban las diligencias», se dijo levantándose de su asiento para abandonar el aparato tras un vuelo perfecto.

La sonrisa más abierta y generosa de las prodigadas por la alta y esbelta azafata fue para el elegante y varonil Abby L. Morton.

—Esta noche no estoy de servicio.

—Pues yo sí, preciosa —le dijo dándole una palmadita en la mejilla.

La aeromoza esbozó una mueca de disgusto al ser rechazada, pero el neoyorquino no había ido a Las Vegas a divertirse, sino a emplear su tiempo profesionalmente.

Abby, alto, delgado, de cabello negro y revuelto, enfundado en un traje blanco, se dispuso a soportar la calurosa temperatura del estío de Las Vegas, clima que conocía muy bien por haber estado en varias ocasiones en dicha ciudad.

En nada se parecía él a los provincianos que formaban la mayor parte de los viajeros que arribaban al aeropuerto de McCarran con los ojos desorbitados, temerosos de que les quitaran su dinero y a la vez dispuestos a llevarse todo el que pudieran de la lujosa ciudad del desierto de Nevada.

Se dirigió a la sala de servicio de recogida de equipajes. Esperaba que le devolvieran su maleta cuando:

—¡Abby, Abby!

Se volvió encarándose con un hombre delgado, más bajo que él y que le mostraba sus dientes en una sonrisa de satisfacción. Aquel hombre que tenía cabeza pequeña y llevaba pelo cortado al cepillo le era familiar.

—¡Dennis Boodly!

—¡El mismo, Abby! ¿Te acuerdas de aquellos días en San Diego, la base de infantes de marina El Toro? —soltó una carcajada palmeando el hombro del neoyorquino.

—Sí, claro que recuerdo. Fue un período divertido de mi vida.

—¡Ah, qué días más buenos pasamos! ¡Cuántas tretas le gastábamos al sargento, ¿eh?, y tú siempre el listo del grupo!

—Y tú el que sufría los arrestos casi siempre —le replicó Abby socarrón.

—Sí, es cierto, siempre he tenido mala suerte; bueno, no tanta. ¿Ves? Ahora estoy en Las Vegas, acabo de llegar en el avión de Los Ángeles.

—Qué suerte. Yo vengo de Nueva York. Contra tu hora y cuarto de vuelo, yo llevo once.

Dennis Boodly lanzó un silbido de admiración.

—Te habrá costado una fortuna.

—Va por cuenta de quienes me contratan.

—No me digas que al final te saliste con la tuya —dijo con asombro.

—Si te refieres a que al fin soy detective privado como deseaba, así es.

—Enhorabuena, Abby. ¿Y cómo te va?

—Haciendo, pero disculpa; me entregan la maleta y he de ir a Las Vegas.

—Yo también, y tengo un taxi en la puerta.

—De acuerdo, iremos los dos en el mismo.

Mientras recordaban situaciones del período en que ambos permanecieron en la base de El Toro en San Diego, el coche fue recorriendo los ocho kilómetros que les separaban de la importantísima Freemont Street, la calle con más *cabarets* y lujo del mundo.

—¿Tienes ya reserva en algún hotel? —preguntó Dennis Boodly.

—Pues, sí. Pienso hospedarme en The Sands.

—Vaya, en el *sancta sanctorum* de Frank Sinatra. Les vas a salir caro a tus clientes.

—No me privo de nada. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Verás... —Dudó un instante y luego bajó la voz para que sólo le escuchara Abby y no el taxista—: Vendo aspiradoras eléctricas. No da mucho, pero sí para ir tirando. Tú sabes que nunca he sido un tipo de suerte.

—Ten fe y la suerte cambiará, la suerte se la hace uno mismo.

—No lo creas, a mí siempre me sale todo mal. En cambio, a ti sólo hay que verte. Por cierto, ¿has venido a Las Vegas para investigar algo importante?

—Lo siento, Dennis, no puedo revelar a nadie lo que mis clientes pretenden. Para ellos soy como un abogado o un religioso.

—Ética profesional. Bueno, hablemos de otra cosa. Si quedamos para la noche te presentaré a Bárbara. Es la mujer más maravillosa que puedas imaginarte.

—¿Es tu chica?

—Es mi esposa. Estaremos hospedados en el Mayer Hotel. No te digo nada porque sé que me responderás que no eres libre de tu tiempo, etcétera, etcétera; pero si te dignas llamarnos, celebraremos el haberte encontrado. Cómo te digo, te presentaré a Bárbara. Es bonita, de veras.

—¿En el Mayer Hotel? No lo conozco.

El taxista, que por estar tan cerca de ellos veíase obligado a escuchar la conversación, aclaró:

—El Mayer Hotel es el último y más lujoso construido en Las Vegas. Es un hotel digno de verse, muy parecido al Flamingo y con la misma categoría del The Sands.

—¡Diablos! —exclamó Dennis Boodly mientras Abby L. Morton sonreía—. Me va a costar un ojo de la cara una habitación doble en ese hotel.

—Como dieciocho dólares más o menos —aclaró el taxista.

—¿No decías que eras pobre, Dennis? —rió Abby.

—¡Je, je!, cualquiera deja a las mujeres elegir hospedaje. En fin, un día es un día. Pasaré buenas vacaciones en Las Vegas aunque el resto del año esté comiendo papas con fréjoles.

El taxi se salió de la calzada general para detenerse frente a la entrada principal del lujoso Mayer Hotel, ubicado en la Freemont Street, pero casi al final de la calle partiendo de la plazoleta de la estación ferroviaria.

—Bueno, Abby, te debo la mitad de la carrera.

—Olvidalo, Dennis, paga mi cliente.

Dándole una palmada en el hombro, se despidió del bueno de Dennis. Pensó en Bárbara, su mujer, y se dijo que debería ser muy parecida a él. Unos buenos chicos. Llegarían a viejos y seguirían siendo unos buenos chicos.

Pronto se olvidó de aquel fortuito encuentro para pensar en sus propios problemas.

El taxi se detuvo en el hotel, *night-club*, sala, de juego, lugar de descanso y de diversión, que se llamaba The Sands.

Abby L. Morton no pudo evitar pensar que Sinatra, con un lugar como aquél, en un solo día ganaría lo que todo un año haciendo películas.

Pagó los cuatro dólares de la carrera y se instaló en el hotel. Tomó un baño y se cambió de ropa. Luego, descansó un par de

horas y se dijo que tenía hambre.

Cenó en la barra del *snack* y se dispuso a buscar a Geraldine Randall ahora que la noche había llegado.

Era cierto que las salas de juego funcionaban las veinticuatro horas del día, pero cuando las máquinas tragamonedas no cesaban de funcionar, cuando la bolita de las ruletas era seguida con más atención por abigarrados grupos de ojos y nervios en tensión, cuando los grandes teatros de revista y las mesas de juego de naipes estaban repletas, era por la noche.

Morton sabía bien que en Las Vegas no eran gratamente recibidos los detectives privados. La Metropolitana cuidaba de la ciudad, pero cada hotel, cada sala de juego o *night-club*, tenía su propia policía, sus propios *guar-corps*.

La mayoría de ellos vestían como vaqueros y lucían en sus cananas cinematográficos «Colt», que podían entrar en acción y dispararse con mucha facilidad si sucedía algo. Aquellos vaqueros no eran meras figuras decorativas como las *cow-girls* que se apresuraban a dar cambio a los febriles jugadores para que introdujeran sus *nickels* en las máquinas tragaperras tirando de la palanca que, en la mayor parte, constituía uno de los brazos de un bandido del Far-West.

A los poderosos de Las Vegas no les agradaban los entrometidos que andaban figsando, molestando a los empleados y clientes y que trataban de descubrir demasiado.

Aquel asunto de la búsqueda de Geraldine debía llevarse con sumo tacto. No podía ir enseñando su fotografía para que alguien le dijera si la había visto o no. Aquello podría acarrear complicaciones, desde los vividores que había en Las Vegas y que tratarían de sacar algo si podían, hasta los periodistas que publicarían la noticia en la Prensa de toda la Unión, cosa que había que evitar por todos los medios.

Estaba dispuesto a visitar todos los garitos, hoteles y lugares de atracción de Las Vegas si era necesario para encontrarla, aunque le llevara tiempo. Su padre no reparaba en gastos, lo que se llamaba un buen cliente.

Comenzó la búsqueda de la hermosa y rubia Geraldine en el propio The Sands. Allí no la vio por ninguna parte.

Luego, pasó al Faboulous Flamingo.

Las cow-girls de cortos y ajustadísimos pantaloncitos le brindaban cambio para que dejara dinero en las máquinas tragaperras. Para no llamar la atención, descambió un par de dólares y su bolsillo comenzó a pesar por culpa de las monedas. Se dijo que tendría que descargarlas en alguna parte.

Una de las chicas que le había descambiado, volvió a toparse con él. Con la mejor de sus sonrisas, acercándole mucho su opulento busto, le preguntó:

—¿No juega pese a tener las monedas en el bolsillo?

Abby le sonrió a su vez.

—¿Es que me vigilas, muñeca?

—No vigilo a nadie, pero unos hombres me atraen más que otros. ¿Es anormal eso?

—No, no lo es.

Introdujo un *nickel* en una máquina tragaperras cercana para cumplir con el rito de tirar el dinero a aquellos mecanismos electrónicos que sólo sabían engullir y engullir monedas con gran rabia de los jugadores, que jamás perdían la esperanza hasta, que se marchaban con los bolsillos vueltos del revés.

—Ahora debe tirar de la palanca. ¿Es que no sabe hacerlo? —le preguntó la vaquera, interesada en que Abby jugara, como buena empleada de la sala que era.

Abby tiró del brazo del bandido y se escuchó un estridente ruido metálico. Aquello llamó la atención de los jugadores cercanos, que le miraron con envidia.

Se metió en el Twin Lakes Lodge, y allí tampoco descubrió a Geraldine tras repasar una por una todas las salas, escrutar los rostros de las chicas que trabajaban en el escenario, vendían cigarrillos o las que estaban apostando.

Se iba a marchar ya cuando se acordó de su pesado bolsillo lleno de monedas. Mirando una ruleta, colocó las monedas en uno de los números que tenía más cerca.

Ante la montaña de monedas, hubo risitas. Abby puso cara de circunstancias, esperando que la bola se detuviera.

—El seis negro —voceó el *croupier*.

El seis negro resultó estar debajo de la montaña de monedas y Abby salió del Twin Lakes Lodge con novecientos setenta y dos

dólares en billetes. Aquello era ir ligero, por suerte había cobrado en papel moneda.

Al fin se enfrentó con el Mayer Hotel. Lo miró con cierto recelo. Si se topaba con el bueno de Dermis Boodly, ya no se lo podría quitar de encima, pero decidió que era muy tarde y que no resultaba probable toparse con la feliz pareja.

El Mayer Hotel resultó tan lujoso como dijera el taxista. En él podía jugarse a todo lo conocido, mientras se llevara dinero encima y pudieran comprarse fichas en la caja.

En la sala de juego no encontró a la chica, tampoco en el club. Decidió darse una vuelta por la gran piscina iluminada con potentes focos rojos que daban al agua un color casi sangriento mientras unas luces ultravioleta surgían a ras de agua, protegidas por buenos cristales y haciendo resaltar en violeta los trajes de baño blancos.

La piscina, gracias a la noche calurosa, tenía bastantes adeptos y era inútil que ninguno de los desesperados que habían perdido hasta el último centavo tratara de suicidarse arrojándose al agua, porque sería sacado inmediatamente. Tampoco tenía el recurso de arrojar desde un piso alto, ya que las edificaciones eran bajas. En Las Vegas, lo único que no faltaba era espacio.

Uno de los bikinis blancos que destacaban en violeta llamó su atención. La fémina permaneció unos momentos quieta y en pie sobre el borde irregular que rodeaba la gran piscina. Atrás, palmeras enanas adornaban el conjunto.

La mujer se quitó el gorro de goma y una cascada de cabello dorado, que en aquellos momentos semejó pelirrojo debido a los focos, cayó sobre sus hombros tostados por el sol como el resto de su epidermis.

La chica, que podría sentirse orgullosa de sus curvas, caminó hacia una toalla extendida sobre el césped y se sentó en ella. Tras su cabeza había una pequeña farola con foco encarado sobre la toalla y que estaba apagado.

La chica buscó en un bolsillo que tenía bajo la gran toalla e introdujo un par de monedas en una ranura que había junto a la base de la pequeña farola. El foco se iluminó.

Abby L. Morton, que la había estado observando, parpadeó al verla bajo aquella luz que si no era potente, sí iluminaba lo suficiente. Era un pequeño sol artificial como otros muchos

diseminados alrededor de la piscina para satisfacer a los bañistas nocturnos que, por unas monedas podían tener el calor deseado y seguir tostándose bajo la lámpara de cuarzo pese a ser de noche. Aquél era el prodigio de una técnica muy cuidada.

La joven y hermosa mujer se colocó un cigarrillo entre los labios. Cuando se disponía a encenderlo, una llamita se acercó a la punta de su pitillo.

Movió sus grandes ojos claros hacia el que le ofrecía el fuego y aspiró el humo del tabaco ya en combustión.

El hombre le gustó, quizá le molestó una sonrisa de suficiencia que lucía en aquellos momentos.

—¿Qué tal lo estás pasando, Geraldine?

Los ojos rasgados y enormes, de pupilas claras, cuyo color no se podía discernir con certeza debido a los focos, se volvieron inexpresivos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Abby tomó una silla y se acomodó junto a aquel bello ejemplar de hembra. Dio una chupada a su cigarrillo y luego dijo:

—No importa quién soy, sino de parte de quién vengo.

El rostro femenino expresó el más vivo disgusto.

—De mi padre, como si lo viera.

—Exactamente, de tu padre. Él está muy preocupado por ti. No le ha gustado nada que abandonaras tu hogar y decidieras vivir por tu cuenta y riesgo.

—Ya, al poderoso, al millonario, al sesudo juez Randall le pone furioso que su hija decida vivir por su cuenta.

—Eres menor de edad. Tu padre, juez de la suprema corte de Albany, puede reclamarte y tú lo sabes.

—Yo no soy menor de edad, tengo los papeles en regla.

—No lo creo, a menos que hayas decidido corregirlos un poco en lo referente a tu fecha de nacimiento.

—¿Y a usted qué le importa?

—Mucho. Es tu padre quien me paga por estar aquí.

—Ya, un abogadillo.

—Frío, frío, pese a ese chorro de calor sintético que te está asando la piel como si fueras una salchicha.

—No me agradan sus términos.

—Vamos, Geraldine, era de suponer que te pusieras un poco

furiosa, pero no tanto. Sólo se trata de que me acompañes al hogar paterno, en el cual no te falta nada, según creo.

—Ahora comprendo, un detective privado.

—Caliente, caliente. Has acertado.

—Ya. El sesudo juez de la suprema corte de la capital del Estado de Nueva York no se fía de la policía y recurre a la vulgaridad de contratar a un detective privado. A lo peor es de los baratos, para ahorrarse algunos dólares, ¿me equivoco?

Ante el sarcasmo y la mordacidad de la nada ingenua Geraldine, Abby L. Morton decidió replicar:

—En eso sí ha errado tu padre, Geraldine.

—¿Qué insinúa?

—Que para buscarte y darte un buen tirón de orejas y luego llevarte a casa, sólo hacía falta un detective barato, pero ya ves, me escogió a mí gastándose el dinero.

—Se cree muy listo, ¿verdad?

—Lo suficiente para llevarte a tu casa y si no fueras la hija de mi cliente, si fueras algo mío...

—¿Qué? —inquirió con ojos retadores.

—Te pondría la parte posterior del bikini más roja que está el agua de la piscina ahora.

—¡Grosero!

—Por lo visto, tu padre ha sido demasiado bueno contigo al no calentarte las nalgas anteriormente, pero creo que eso se puede arreglar todavía.

—¡Insolente!

Pacienzudo, dominando la situación, Abby dijo:

—Creo que me has insultado suficiente. Ahora nos vamos de regreso a Albany. No me costará mucho encontrar un par de pasajes para el avión de mañana.

—Ni pensarlo, ¿es que no ha oído bien? ¡Quiero vivir mi vida, mi propia vida! ¡No me dejaré dominar por nadie! Estoy harta de vivir con el sesudo juez Randall, siempre preocupado por sus juicios, sus consejos de administración, sus políticas y sus millones. Eso se acabó, me quedo aquí y viviré como me plazca.

—¿Con qué dinero? Vivir aquí cuesta mucho, ¿o es que tú no pagas la cuenta del hotel?

—Vivo aquí con mi dinero. Además, buscaré trabajo. Sé cantar,

bailar, y aquí no ha de faltarme lo que busco.

—¿Tu dinero, qué dinero, lo has ganado alguna vez?

—No, pero tengo mis joyas y ya he vendido una pequeña parte de ellas. Con el dinero que me han dado pago mi estancia en Las Vegas. Ya ve que no soy tonta.

—No, tonta no me lo pareces, ya que te beneficias de unas joyas que no has comprado tú sino tu padre.

—¡Pero son mías!

—No es muy noble tu actitud y ya está bien de hacerte la niña mimada.

—Pues le devolveré todas las joyas y buscaré trabajo por mi cuenta. Viviré completamente de lo mío.

—Y todo por tu absurda idea de independencia cuando todo lo que tiene tu padre es y ha de ser completamente tuyo el día que él fallezca.

—No quiero hacerme millonaria a costa de la muerte de mi padre.

—Es lo único sensato que has dicho hasta ahora. Terminemos, no me obligues a...

—¿Llevarme por la fuerza? Vamos, inténtelo, y se arma aquí un escándalo que llenará todas las primeras planas de los periódicos del país cuando se enteren de que me llamo Geraldine Randall. Eso perjudicaría la carrera política de mi padre, ¿no?

—¿Amenazas?

—Me defiendo con astucia ante su fuerza. ¿No cree que es lo adecuado?

—Puedo impedir que encuentres trabajo en Las Vegas declarando que eres menor de edad, que tus documentos están corregidos por una niña a la que todavía falta medio año para ser dueña de sus tonterías.

—Haga lo que quiera. Propague la noticia, impida que encuentre trabajo y no podrá impedir el escándalo. Tengo mis armas, no lo olvide, y no me hará regresar. Ahora, deje de molestarme o llamo a los vigilantes del hotel para que se lo lleven. No quisiera que le pusieran la cara del color de la piscina, empleando sus mismas palabras. Ah, y no se olvide de decirle a mi padre que lo quiero como a tal, pero que me deje vivir tranquila. Cuando pueda ya pasaré a visitarle. En adelante seré Geraldine Randall, no la hija del

juez Randall, ¿correcto?

—¿Y qué será Geraldine Randall, una corista más que enseña sus piernas y cuerpo en un escenario para ganarse unos dólares a costa de la sensualidad de un público mirón?

—¡No le tolero...! —incredó furiosa, poniéndose de rodillas sobre la toalla.

—¿Sucede algo, señorita? —inquirió uno de los vigilantes vestido de vaquero, con el «Colt» al cinto y hundidos los pulgares con aire fanfarrón tras la hebilla de su canana.

Fue Abby L. Morton quien dijo, señalando la lámpara de cuarzo:

—Al parecer, este chisme no funciona bien. La señorita me está diciendo que no está suficientemente langostino por esta noche y que los *nickels* han sido un timo.

—Eso no es cierto. Este foco para tostar la piel en la noche funciona perfectamente.

El vaquero, alto como el propio Abby, pero con una docena de kilos de carne más sobre sus huesos, sonrió agresivo.

—Conque haciéndose el gracioso, ¿eh?

—Sí, es que la alergia que siento al ver a un matón barato haciéndose el hombre delante de una mujercita me vuelve gracioso.

Al decir esto, Abby se había ladeado ofreciendo la parte derecha de su mandíbula al puño del vigilante del Mayer Hotel, que no dudó en lanzarlo contra él.

Mas sólo golpeó el aire mientras un codo se hundía en su estómago y un puño en su mentón. Quedó tendido sobre el césped, inconsciente.

—Parece que a los vigilantes los buscan algo blandos —gruñó Abby. Movi6 el foco encarándolo sobre el rostro del vigilante y, ante la estupefacción de la fémina, agregó—: Lo hago para que cuando despierte éste más moreno. En cuanto a ti, ya tendrás noticias mías. *Chao*, Geraldine.

La jovencita le vio alejarse con los ojos muy abiertos.

Regresó al The Sands. Al pedir la llave de su habitación, un hombre se le acercó.

—¿Es usted Abby L. Morton?

—Sí. ¿Sucede algo? —preguntó pensando que el vigilante que dejara bajo el foco no había tenido tiempo de dar la alarma y menos ignorando su nombre.

—Sargento Harris, de la Metropolitana. Haga el favor de venir conmigo.

CAPÍTULO II

El sargento Harris detuvo a Abby L. Morton ante la puerta de una habitación correspondiente al apartado celular donde se reservaban habitaciones para enfermos o heridos custodiados por la policía.

Cada cuarto tenía cerradura especial y si bien la puerta era frágil en apariencia, debajo del contraplacado había un enrejado de acero capaz de resistir un ariete medieval.

Una puerta similar, pero con mirilla de cristal, cerraba el ala celular custodiada por un agente de uniforme.

—¿Qué ocurre, sargento? Aún no me ha dicho por qué me trae aquí en vez de dejarme dormir tranquilamente en mi habitación de doce dólares.

—Lo siento, Morton, ya tendrá tiempo de dormir el resto del día. Ahora respóndame: ¿Es usted pariente de Dennis Boodly?

—Diablos, ¿conque se trata de él? No me dirá que está ahí dentro herido... ¿Qué le pasa?

—¿Es pariente o no? —insistió sin tratar de ser simpático.

—No, por supuesto. Sólo un amigo de la milicia. Nos conocimos en la base de El Toro, en San Diego. No lo había vuelto a ver hasta esta mañana que nos hemos encontrado casualmente en el aeropuerto. Él había llegado de Los Ángeles y yo de Nueva York. También sé que se hospedaba en el Mayer Hotel, pero dígame, ¿qué sucede con él?

—Ha estado llamándole desde que despertó.

—Pero ¿qué le ha ocurrido, es que no puede decírmelo?

—Pase y lo sabrá.

El sargento Harris le franqueó la entrada de la habitación, en la que había un médico embutido en su bata blanca y una enfermera de casi cuarenta años, vello sobre el labio superior y cara de malas pulgas, al menos eso le pareció a Abby. Comprendió que el pobre

diablo de Dennis llamara a alguien pidiendo auxilio si al despertar había visto el rostro de la enfermera.

Abby reconoció inmediatamente al hombre de la cabeza pequeña y cabello cortado al cepillo, pero ahora tenía un rostro demacrado.

Permanecía en la cama cubierto por una sábana y sus brazos estaban sujetos a ambos lados del somier. En la vena de su brazo derecho tenía hundida una aguja conectada por una goma a una bolsa plástica de suero que se vaciaba gota a gota dentro de su cuerpo.

—Todavía no sé qué le sucede.

—La verdad, Morton, le hemos llamado para que identifique bien a Boodly y diga algo sobre sus familiares, puesto que durante una temporada va a depender del Estado.

—¿Del Estado, en calidad de arrestado?

—Ha contravenido la ley de narcóticos. Si en Las Vegas está permitido jugar, divorciarse y tener ciertas Aversiones más o menos sensuales, lo que no está permitido es drogarse con estupefacientes.

El médico, con la ficha de Boodly en la mano, se le acercó al tiempo que decía:

—Ha tomado una dosis de heroína capaz de matar a un caballo. Menos mal que la policía, creyéndolo un borracho, lo ha traído al hospital. De buena se ha librado. ¿Es pariente suyo?

—No, al parecer sólo es un antiguo compañero de milicia —aclaró el propio sargento—. ¿Y por qué lo llamaría tanto?

—No sé, no creo que sea porque soy detective privado.

El médico enarcó las cejas y Harris puso cara de disgusto.

—¿Tiene la licencia en regla?

—Sí, claro. ¿Desea verla?

—Naturalmente.

Abby mostró sus documentos. Luego preguntó:

—¿Conforme?

—Sí, pero no busque líos; aquí en Las Vegas ya cenemos suficientes y ustedes los detectives privados siempre andan envueltos en jaleos.

—Yo siempre colaboro con la policía.

—Magnífico. Si es así, nos entenderemos.

—Yo no creo que este caso tenga tanta importancia —objetó el

médico—. Este hombre es simplemente un drogadicto y hay que curarlo, si es que se puede.

—Ya lo oye, Morton. Su amigo es un toxicómano que está en las últimas. No creo que haya que investigar nada, es decir, sí. La policía verá de hallar el lugar donde se proveía de drogas, claro que si las compraba en otro Estado, hay para largo.

—Este hombre seguramente no comprará ya más drogas —objetó el médico, que lucía un grueso bigote latino.

—¿Por qué? —preguntó Abby.

—Porque ha llegado ya al límite de sus nervios. Mucho tiempo tomando drogas es para tumbar a un búfalo. Envejecen las entrañas y, por supuesto, los nervios se destrozan.

—¿Quiere decir que mi amigo ha llegado ya a ese estado crítico?

—Sí, no cabe duda. El análisis que hemos efectuado de su sangre no sólo prueba que cuando lo recogieron llevaba una dosis casi letal de heroína dentro de las venas, sino que tenía residuos de tomas anteriores. En fin, médicamente podría certificar que lleva largos años dopándose. Un caso perdido.

—Pues esta mañana, cuando lo he encontrado, no me lo ha parecido. Se mostraba abierto, jovial, alegre.

—Señor Morton, no se fíe. Quizá estaba con una ligera dosis de droga dentro del cuerpo que lo sostenía. Luego, habrá caído.

—Pero ¿y su esposa?

Tanto el médico como el sargento Harris fruncieron el ceño. Fue el policía quien preguntó:

—¿Qué esposa?

—Pues la suya, estaba con él en Las Vegas.

—Que yo sepa, aquí no ha venido ningún familiar. Ese hombre sólo ha pronunciado el nombre de Abby L. Morton. El sargento Harris lo ha oído.

—Sí, por ello le hemos buscado; para que nos aclare todo lo que pueda sobre este desgraciado.

—Abby...

Todos se volvieron hacia el yacente, que había abierto los ojos. El detective se acercó a la cabecera de la cama.

—Hola, Dennis. ¿Cómo te encuentras?

Dennis Boodly le miró con ojos angustiados. Falto de fuerza respondió con voz tenue.

Abby se volvió hacia el galeno y Harris y preguntó:

—¿No podrían dejarme un momento a solas con él?

—Si piensa echarle un sermón por ser un drogadicto, hágalo, pero no creo que le vaya a convencer de apartarse del mundo de los tóxicos. Yo le aguardo fuera.

—No está en muy buenas condiciones para hablar —dijo el médico mientras la enfermera, lista de todo lo que debía hacer allí dentro, abandonaba la estancia.

—Sólo serán unas palabras.

—Bien —aceptó el galeno con un suspiro—. No más de un minuto. —Se volvió hacia la puerta—. ¡Señorita Themperton!

—¿Diga, doctor Berner?

—Aguarde aquí fuera y cuide de que la visita no se prolongue más de un minuto.

—De acuerdo, doctor Berner.

Abby esperó a que la puerta se cerrara. Se encaró con su amigo que continuaba mirándole angustiosamente.

—Dennis, me has defraudado con tu vicio.

Apenas sin voz, Boodly replicó:

—¿Vicio? Si apenas fumo y tomo alguna copa y no hay más mujer para mí que Bárbara.

—Vamos, Dennis, no te hagas el tonto. Me refiero a las drogas. ¿Desde cuándo tomas?

—Yo no soy drogadicto.

—¿Qué no? ¿Y por qué crees que estás en esta cama con los brazos sujetos al somier y una botella de suero que gota a gota entra en tus venas?

—No lo sé, pero te juro que en mi vida he tomado una sola droga.

—No puedo creerlo y de nada te servirá mentir.

—Abby, Abby, me creas o no, es la verdad. Por favor, busca a Bárbara.

—¿Dónde está?

—Desapareció.

—¿Cómo?

—Me dijeron que unos tipos se la habían llevado.

—¿Adónde?

—Lo ignoro —replicó con angustia—. Por favor, sácame de aquí.

No quiero estar en esta cama, me siento como en una cárcel.

—Vamos, Dennis, cálmate. —El enfermo respiró hondo y pareció calmarse. Abby sabía que le quedaban pocos segundos y apresuró sus preguntas—: ¿Cuándo ha desaparecido Bárbara, tú la has visto en Las Vegas?

—Sí. Estábamos reunidos en el hotel. Salimos a jugar y estuvimos tirando de las máquinas tragaperras. Luego, probamos en la ruleta, pero en ninguna parte teníamos suerte. Luego, ella se quedó junto a una ruleta esperándome mientras yo iba a los lavabos. Cuando volví, había desaparecido.

Abby L. Morton lo miró intensamente. Trataba de averiguar si Boodly había mentido o decía la verdad.

—Y a ti, ¿qué te sucedió? Si no tomas drogas, ¿cómo es que has caído en este estado?

—No lo sé. Busqué a Bárbara, pregunté en todas partes. Miré en los jardines y de pronto sentí un fuerte dolor en el cuello. Al despertar me encontré aquí.

Abby miró el cuello de Dennis. Tenía una ligera línea azulada, pero aquello nada probaba, pues podían habérsela causado al transportarlo al hospital.

La puerta de la habitación se abrió y la enfermera del bigote, con voz desabrida, ordenó más que indicó:

—Salga, el tiempo ha terminado.

Abby miró a Boodly. Éste se había hundido en un sopor, cerrando los ojos.

Abandonó la habitación. Afuera aguardaba el sargento Harris.

—¿Le ha contado algo interesante su amigo?

—Insiste en que su esposa estaba en Las Vegas y que desapareció de pronto cuando se hallaba en uno de los locales de juego del Mayer Hotel.

—Antes de marcharse, el doctor Berner me ha contado que esta clase de enfermos sufren delirios. Confunden la verdad con el mundo fantástico que ellos mismos se crean bajo los efectos de los tóxicos.

—Sí, y lo ven todo deforme bajo la influencia de la droga. Al menos, eso dicen los libros de toxicología.

—De modo que no cree que su amigo vea la realidad distorsionada.

—Es posible. Si tiene en sus venas suficiente droga para matar a un caballo, es lógico que no vea muy claro.

—Y bien, ¿no puede aclararme nada más sobre algún familiar o alguien al que pueda avisársele?

—No, si no es a su esposa Bárbara.

—Una esposa inexistente. En fin, lo siento.

—¿Por qué?

—Cuando se recupere será trasladado a un hospital del Estado para toxicómanos hasta su total curación y va a ser algo duro para él estar en ese hospital.

—Supongo que lo que va a hacer usted es lo que prescriben las leyes del Estado de Nevada.

—Naturalmente, y lo que beneficia a esos pobres desgraciados que buscan en las drogas un mundo de felicidad que no han sabido conseguir por sí mismos.

—Bien, usted es la ley, pero yo tengo una corazonada.

—¿Cuál?

—Que huelo mal en todo este asunto y no sé todavía de dónde proviene el hedor.

—No fantasee, Morton, o me veré obligado a ordenar que le tomen una muestra de sangre para comprobar si también toma drogas.

Abby Morton sonrió.

—Vamos, vamos, sargento, ¿no le agradan las corazonadas?

—No me gustan los problemas. Además, ya cenemos suficientes en esta Sodoma del siglo Veinte. Drogadictos como su amigo, estafadores, ladrones, suicidas, adúlteros, criminales y hasta falsificadores de billetes de Banco que vienen aquí pensando que es el mejor lugar para pasar los billetes.

—Lo compadezco, sargento Harris, y comprendo sus problemas, pero sigo pensando que huelo mal en lo que le ha sucedido a mi amigo.

—No me diga que piensa investigar. Recuerde que este caso ya está en manos de la ley. Su amigo está en calidad de arrestado poco más o menos y en adelante dependerá del Estado hasta su recuperación física, si es que lo conseguimos, pues el doctor Berner dice que está muy mal.

—No interferiré con la ley, pero averiguaré lo que pueda sobre

mi amigo Boodly. Es un deber moral que me impongo.

—¿Por qué?

—Él me ha pedido que busque a su esposa y yo nunca le hago un feo a un amigo, máxime encontrándose en una situación como ésta.

—De acuerdo, Morton, haga lo que quiera, pero no rebase los límites de la ley y no moleste en ninguna parte. Tengo amplias celdas en la estación de policía, aunque casi siempre estén abarrotadas.

Abby L. Morton escrutó el rostro del sargento y se dijo que era un buen hombre, que trataba de defender la ley y el orden y que si necesitaba ayuda en contra del mundo del hampa, en él la encontraría.

Eso le satisfizo, pues no siempre se había topado con policías de los cuales sacar la misma impresión favorable que del sargento Harris.

CAPÍTULO III

Un rato nadando en la piscina le quitó el sueño después de pasar una noche sin dormir. Recuperado totalmente, Morton se dirigió al Mayer Hotel donde el lujo y el buen gusto de los decoradores habían creado un lugar ideal para alojarse.

—Quisiera hablar con Bárbara Boodly —pidió al conserje.

—Un momento, por favor. No recuerdo ese nombre. Consultaré el registro.

El empleado fue pasando las hojas, haciendo resbalar su índice por los nombres.

—¿Qué sucede, no la encuentra?

—Pues no, lo siento. En estos momentos no hay ninguna Bárbara hospedada en el hotel. —Luego el conserje frunció el ceño añadiendo—: El nombre de Boodly sí aparece en el registro. Hay una habitación a nombre de Dennis Boodly.

—¿Individual o doble?

—Individual.

Abby enarcó las cejas.

—¿Está seguro?

—Sí, completamente. Llevo muy bien el registro.

—¿Puede mostrarme el registro, es decir, me lo deja repasar a mí?

—Lo siento, el registro es privado y sólo la policía tiene derecho a revisarlo. ¿Acaso es de la policía?

—Bueno, soy detective privado y estoy investigando unos pequeños datos.

El conserje debió oprimir algún botón con su pie tras el mostrador, porque acudió uno de los vigilantes vestidos de vaquero preguntando:

—¿Qué sucede?

—No sucede nada si el señor deja de molestar.

—Bueno, creí que no molestaba pidiendo unos datos.

—Sólo la policía está autorizada a pedirlos —repitió con una fría sonrisa—. Ahora, por favor, no interrumpa más el trabajo. A la dirección del hotel no le agradan los entrometidos y en cuanto a vigilantes, tenemos bastantes. ¿Ha comprendido?

—Ya ha oído, amigo, circule —ordenó el vigilante apoyando la mano sobre la culata de su «Colt» con gesto amenazador.

—O.K. —aceptó Abby deportivamente viendo que, por el momento, allí no podría conseguir nada más.

Se dirigió hacia el interior del hotel y el vigilante, que a Abby le recordaba el rostro de un pitecántropo que viera dibujado en un libro de ciencias, le interpeló:

—Oiga, se equivoca. La salida está en la otra dirección.

—Sí, ya lo he visto, pero la entrada al hotel es libre para aumentar el número de público en las salas de juego, la piscina y el *night-club*, ¿o no es así?

—Sí, es así, pero tenemos «reservado el derecho de admisión» —arguyó el estirado conserje señalando un rótulo que había en el mostrador con letras doradas sobre mármol negro.

—No creo que me cierren la entrada, ¿verdad? —inquirió con una ironía cargada de amenazas.

El conserje era listo y sabía que un detective privado podía organizar un escándalo si se le negaba la entrada a un lugar de libre acceso para el público en general.

La única forma de detener a hombres como el detective no se podía emplear en aquellos momentos delante del público para no provocar un suceso desagradable.

—Está bien, pero no moleste a los señores clientes o los vigilantes tendrán que intervenir.

—O.K. —repitió Abby, comprendiendo que en el conserje había ganado un enemigo, y peligroso por lo frío.

Deambuló por las salas de juego, poco concurridas a aquella hora de la mañana. El vigilante «pitecántropo», como ya le había bautizado Abby en su mente, le siguió durante unos minutos.

Iba a ser difícil averiguar algo sobre Bárbara, si es que aquella mujer existía. La hostilidad de los empleados del hotel podía ser lógica, habida cuenta de que si Dennis Boodly era un cliente drogadicto podía crear un mal ambiente al hotel y hacerle perder

clientes. Podían defender, pues, la reputación del hotel u otras cosas menos defendibles.

Abby L. Morton se dispuso a averiguar cuánto pudiera, pero con el máximo de tacto. Comenzaba a ser ya muy visto en el Mayer y debía infundir confianza a aquellos tipos que no le quitarían ya los ojos de encima.

Observó la piscina. A la luz diurna, calentadas sus aguas por el sol, resultaba muy distinta a la noche, más cargada de fantasía y sensualidad.

Recorrió varios pasillos, a cuyos lados se abrían puertas correspondientes a habitaciones del hotel. No sabía exactamente lo que buscaba, quizá a algún empleado subalterno que le dijera algo interesante.

De pronto, se abrió una puerta y fue interpelado:

—¡Oiga, detective privado!

Se volvió y en el umbral descubrió a la hermosa chica de los cabellos rubios y ojos claros celestes.

Seguía vistiendo bikini, aunque ahora era de color amarillo.

—Me llamo Abby. —Caminó unos pasos hacia ella y preguntó—: Por cierto, ¿no te has traído otra ropa de Albany que una colección de minibikinis?

—Sigue tan entrometido como ayer, ¿eh? —preguntó haciéndolo pasar a su habitación.

—Verás, no puedo cambiar fácilmente de modo de ser. ¿Ya has hecho el hatillo de tus bikinis?

—¿Para qué?

—Para regresar a Albany, naturalmente.

—¿Ha avisado a mi padre?

—Sí. El juez Randall ha sido informado de la situación. Espero su respuesta, pero creo que le ahorraríamos problemas si me acompañas a Albany.

—¡No!

—¿Continúas con la tontería de querer vivir tu vida cuando la que te ofrece tu padre es la más decente, la más respetada y la mejor para ti, que has tenido la suerte de nacer en una casa rica y no en el Harlem, de Manhattan?

—¡No me venga con sermones!

—¿Por qué no me tuteas? ¿O acaso ahí se acaba vida práctica y

divertida?

—Está bien, Abby, vamos a terminar pronto. Le dirás a mi padre que cuando yo quiera iré a verle. Que no es nada personal, que quiero vivir sola, correr mis propias aventuras.

—Eso sólo lo piensan las quinceañeras y tú ya estás punto de ser mayor de edad.

—¡Soy mayor de edad!

—Eso lo dicen tus documentos falsificados, pero no es cierto. Vamos, no cometas la niñada de querer convertirte en una figura popular, en una bailarina que exhibe su cuerpo que, por cierto, no está nada mal.

—Si me convierto en una gogo-girl es cosa mía y no de los demás.

—Me pareces más inteligente que todo eso, Geraldine. De una niña de cabeza vacía, con menos cerebro que un mosquito, sí se puede esperar que se pase el día bailando tras una jaula o vaya gritando tras los cantantes de moda como si estuviera histérica, abochornando a quienes la trajeron al mundo. Si todas esas mocosas de fácil grito supieran la opinión que merecen a sus ídolos, se pondrían a llorar. En fin, te repito que tengo una opinión distinta de ti y no creo que mieras llevar una vida estúpida.

—Yo no la creo tan estúpida —objetó ella con energía.

—¿Piensas así porque has visto en el cine o la televisión que esa clase de chicas siempre están sonriendo y diciendo que la vida es feliz, hermosa?

—Yo siempre estaba sería en mi casa, con costumbres rígidas, sin alegría, reprendida ante cualquier manifestación espontánea.

—Todos los extremos son malos, pero quiero que sepas que esas chicas que ves reír y saltar no pueden hacer eso todo el día, se cansarían demasiado. Ahora me viene algo a la cabeza. ¿Tú has leído el *Libro de la selva*, de Rudyard Kipling?

—Sí.

—Entonces te acordarás del pueblo de los monos, siempre alocado y saltarín, pero despreciado por el oso, la pantera y los lobos. El pueblo de los monos es ridículo y unirse a ellos es olvidarse del respeto que como seres humanos nos debemos a nosotros mismos.

—Ya está bien de filosofías. Cuando quiera que me sermoneen

ya iré a buscar a un reverendo.

Abby suspiró. Era difícil explicar a una chica tan hermosa y además embutida en un diminuto bikini, que había escogido un camino equivocado. Era difícil convencerla cuando su sangre se removía ante la proximidad femenina, cuya atracción era muy poderosa.

—Bien, entonces ¿para qué me has llamado, si no quieres sermones?

—Para saber qué medidas habías tomado.

—He avisado a tu padre y él me dirá lo que quiere que haga, si desea exponerse a un escándalo o no ante la rebeldía de su hija. Si me ordena llevarte, aunque sea a la fuerza no dudaré en hacerlo. Compraré un baúl grande, te meteré dentro y te facturaré para Albany. Será lo más práctico.

—No te atreverás.

—Espera que reciba órdenes de mi cliente, que es tu padre.

—Ahora te diré para qué te he llamado. —De encima de un mueble cogió un hatillo hecho con un pañuelo de seda y lo puso en la mano de Morton.

Éste, con el ceño fruncido, preguntó:

—¿Qué es esto?

—Mis joyas, las que me compró mi padre.

—¿No las querías para pagar este hotel?

—Sí, pero me convenciste de que si quería vivir mi vida debía mantenerme con mi propio dinero. Faltan algunas pequeñas piezas que ya he vendido, pero el resto se las devuelvo. Ahora, ya no tiene ningún derecho sobre mí, puedo vivir tranquilamente mi vida.

—¿Con qué dinero, si me das las joyas?

—Con el que gane. Ahora, no quiero hablar más; fuera de mi habitación o llamo a los vigilantes del hotel.

Abby L. Morton fue empujado materialmente por las manos femeninas fuera de la alcoba, cuya puerta se cerró en el acto.

Abby pensó que de no ser por las órdenes estrictas del juez Randall, que no deseaba escándalos, habría actuado de otra forma.

La chica le gustaba y quizá demasiado, pero era bastante terca y orgullosa. ¿Podría dominarla el hombre que se casara con ella?

Se metió las joyas en el bolsillo y prosiguió su camino por el hotel cuando algo duro y contundente se hundió en sus riñones.

—Cuidado, amigo. Se le puede disparar ese juguete —advirtió.

Al volver la cabeza descubrió un rostro tostado, y no precisamente por el sol, sino por los rayos de la lámpara de cuarzo que había junto a la piscina.

—Diablos, volvemos a encontrarnos, ¿eh?

—Sí, y esta vez no dejaré que me sorprenda con sus puños.

—¿Y qué piensa hacer con su juguete?

—Llevarle al jefe.

—¿Para qué?

—Eso lo decidirá él, pero me dará mucho gusto que me ordene darle una paliza.

—En fin, no había para enfadarse tanto por un poco de bronceado más o menos.

—Deje de hacer chistes malos y camine.

Llegaron ante la conserjería y Micke explicó:

—Este tipo andaba molestando a los huéspedes ayer noche junto a la piscina y ahora lo he visto merodeando las habitaciones.

El estirado conserje, al verle encañonado, sonrió fríamente. El «pitecántropo» de antes también se acercó gruñendo:

—Conque metiéndose en líos, ¿eh, Sherlock Holmes?

—El director decidirá. Pásenlo a su despacho, yo le avisaré por teléfono.

Dos vigilantes más se unieron al «pitecántropo» y bronceado Micke. Abby L. Morton pensó que aquella vez sí se había metido en líos. Le daba la misma impresión que si unos centuriones le llevaran a presenta del gran César.

El director estaba en un despacho lujosísimo, bien acondicionado, con refrigeración como el resto del hotel, y en el antedespacho había un par de secretarias que eran dos verdaderas hembras, en toda la extensión de la palabra. Ambas prodigaron sus sonrisas a la visita, pese a estar escoltado por cuatro de los pseudovaqueros con sus largas pistolas del «45».

—Señor Cameron, Micke ha atrapado a este tipo merodeando las habitaciones y ya molestó ayer por la noche a los huéspedes junto a la piscina.

—¿Qué te ha sucedido, Micke? ¿Te ha dado demasiado sol en la cara? —preguntó el director.

El tal Micke carraspeó y Abby dijo irónico:

—Lo que sucede es que una de las lámparas de cuarzo que hay junto a la piscina no funciona muy bien y como dan poca luz visible...

—Muy gracioso —gruñó Micke.

—El conserje me ha notificado que ha estado haciendo preguntas impertinentes.

—Sólo trato de cumplir con mis clientes —replicó Abby.

Cameron, el propietario y director del Mayer Hotel, era un hombre muy elegante pero bajito. Destacaban en él las cejas espesas, gruesas y juntas. Los ojos pequeños y cínicos, nariz aplastada y mandíbula de comadreja. Las manos también eran pequeñas, pero de dedos muy ágiles. A Abby L. Morton no le agradó aquel sujeto. Pensó que pese a carecer de una gran fuerza física, resultaba mucho más temible que cualquiera de los «pitecántropos» que tenía a sus órdenes.

No le cupo ninguna duda de que aquel hombre podía desembarazarse de su prójimo con la máxima frialdad e indiferencia.

—Yo también tengo deberes con mis clientes —dijo sonriendo mientras entrecruzaba sus manos con ademán de usura.

—Lo supongo, pero creo que por mi culpa no ha tenido que marchar todavía ninguno de sus clientes.

—Eso aún está por ver. Muchachos, regístrenlo.

—¡No tiene derecho! —masculló Abby molesto.

—Sí, tengo derecho. Le han sorprendido merodeando por las habitaciones y, aunque diga que es un detective privado, puede resultar un delincuente. Muchachos, regístrenlo.

—No llevo armas.

—Eso lo comprobarán mis vigilantes, para eso les pago cada mes —replicó con sarcasmo.

Una pistola en la nuca, un tipo a cada lado y el «pitecántropo» delante, le hicieron pensar que era mejor ser buen chico.

Lo cachearon rápidamente. Le tomaron la cartera, que entregaron al director. Micke le sacó del bolsillo el pañuelo de seda con lo que contenía dentro.

—¡Eh, miren, parece que traía algo muy especial!

—¡Suelten eso, no pueden tocarlo!

Al tirar del pañuelo de seda, el «pitecántropo» entró en acción y

el estómago y la mandíbula de Abby tuvieron que comprobar dolorosamente que el vigilante no era manco.

Abby, que era un luchador nato, replicó con rapidez, como lo hubiera hecho el propio Cassius Clay, tras recibir un *uppercut* de su contrario.

El «pitecántropo», con una cara de simio que asustaba, encajó la derecha de Abby en plena nariz y por un instante sus pupilas fueron a parar ambas pegadas a la nariz, como si se hubiera vuelto bizco de repente.

Aquella réplica costó a Abby ser sujetado por los brazos y encajar dos puñetazos que le levantaron el estómago a la garganta, mientras la pistola que Micke empuñaba se hundía más fuerte en su nuca y éste le advertía:

—Si haces el tonto, disparo.

Abby permaneció quieto más por el dolor de su estómago que por desear estar quieto simplemente.

—Bien, ahora veremos más tranquilamente qué hay dentro de este pañuelo.

Al abrirlo aparecieron las brillantes joyas de Geraldine Randall. Micke silbó de admiración, exclamando acto seguido:

—¡Ya decía yo que era un tipo peligroso! Un buen alijo ha atrapado el condenado.

Abby suspiró. Miró a Cameron, que sonreía con las joyas en su mano, y dijo:

—Le advierto que si esas joyas se pierden, lo denunciaré por robo.

—¿Ah, sí? —Los hombres de Cameron rieron—. Vaya, vaya, conquie el ladrón denunciara a sus captores...

—Yo no he robado esas joyas.

—¿Ah, no? ¿Son tuyas, acaso?

—En cierto modo.

—¿Tiene papeles para demostrarlo?

—No. En realidad no son mías y creo que me está cansando este interrogatorio. No tengo que dar ninguna explicación.

—¿De dónde las ha robado? —insistió.

—No las he robado y no diré nada más.

—Es muy dueño de sus actos, amigo Sherlock Holmes, sólo que se ha metido en un lío.

—Bueno, sí, creo que toparme con ustedes ha sido meterme en problemas.

—No lo dude, amigo —repuso Cameron irónico. Después añadió —: Soy un buen cumplidor de la ley. Por cierto, muchachos, ¿a qué penitenciaría llevarán a este detective que, aprovechándose de su documentación, va por los hoteles de Las Vegas robando?

—Al diablo con sus tonterías. Devuélvame las joyas y déjeme en paz.

—Oh, no. Voy a llamar a la policía y ella se encargará de meterle en «chirona». Usted se lo ha buscado. Así dejará de dar problemas.

—Me temo que el que está buscándose problemas es usted —objetó Abby.

—¿Le cierro la boca, señor Cameron? —preguntó Micke—. Se trata de algo personal.

—Oh, no, llamaremos a la policía, pero como aquí los representantes de la ley son demasiado respetuosos con los clientes, será bueno que lo entreguemos un poco blando de ínfulas.

—Si ordena a sus gorilas que me vapuleen, le haré cargos.

—Sus amenazas sólo me hacen sonreír. La policía, naturalmente, preguntará qué le ha sucedido cuando lo vean con más cardenales que un cactus moteado, pero será fácil explicar que después de atraparlo robando intentó escapar y pegó a uno de mis hombres, ¿verdad, Sloom? Tu nariz se ve algo afectada.

Abby se dijo que ya sabía el nombre del «pitecántropo», que en aquellos momentos se estaba tocando la zona afectada por el puñetazo encajado.

—Sí, claro.

—Terminen de una vez esta historia. Ya se encargará la ley de averiguar de dónde ha sacado estas joyas, lo cual no es nuestro problema.

Abby L. Morton se dijo que aquél no era su día de suerte. Micke pegó con rabia para desquitarse de la noche anterior y el «pitecántropo» Sloom, mientras los dos gorilas seguían sujetándolo, remató la obra.

Las rodillas se le doblaron. La nariz le sangró y la cabeza se le llenó de horribles dolores. Luego vino un sueño nada reparador y más tarde era sacado a rastras del despacho de la dirección.

Las imponentes secretarias pensaron que el atrayente ejemplar masculino no estaba muy presentable en aquellos momentos, aunque no por ello dejaba de gustarles.

CAPÍTULO IV

Cuando comenzó a cobrar conciencia y razón de su existencia, sintió que todo le dolía. Abrió los ojos y divisó una cara perdida en una nebulosa.

Tuvo náuseas y se esforzó para ver mejor. Al fin, el rostro se fue perfilando hasta acabar por reconocer al hombre que sonreía sentado al otro lado de una mesa.

—Hola, sargento Harris.

—Al fin despierta, ¿eh, Morton?

—Sí, y en no muy buen estado. Esos gorilas me dieron una buena golpiza.

—Creo que ha tenido mucha suerte. Es usted un tipo duro de pelar. Otro, con los golpes que ha recibido, estaría más de un mes en el hospital.

—Quizá es lo que se proponían, pero por lo visto mi madre me entrenó el mismo día de mi nacimiento.

—¿Cómo? —inquirió el sargento sonriendo.

—Fue un parto demasiado rápido y caí al suelo. Ya ve, a edad temprana hay que entrenarse a recibir golpes en la vida.

—Pues puede decirse que ha nacido estrellado, Morton.

—Buena ironía, pero me parece que serán otros los que se estrellen, porque esto me lo pienso cobrar. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Tiene un espejo?

—No tema por su físico, no se lo han desfigurado mucho gracias a que lo trajeron pronto aquí. Tenemos métodos prácticos para quitar equimosis.

—¿Ah, sí, y cómo lo han hecho? Lo pregunto para la próxima vez que tenga tropiezos.

—Le hemos cubierto la cara con un par de filetes de ternera crudos. Una mascarilla facial que para sí la quisiera la Taylor.

—Bien, ya me pasarán la cuenta del salón de belleza. Ahora

quisiera volver a encontrarme con el tipo ese que dirige el Mayer Hotel.

—Alto, alto. Todavía no le he dicho que tiene problemas. —Le mostró el pañuelo con las joyas.

—Ah, ya. Supongo que no se habrá creído la estupidez de que las he robado, ¿verdad?

—Lo que quiero es averiguar de dónde han salido.

—¿Ha preguntado ya en el hotel?

—Muy irónico. Allí hay casi un millar de huéspedes al parecer nadie dice haber perdido o ser robado en joyas.

—Eso hace el caso más interesante, ¿eh?

—Vamos, Morton, en confianza, ¿qué líos se trae entre manos? Ya me creo que no ha robado las joyas, pero el Mayer Hotel le ha hecho cargos y habiéndole encontrado encima unas joyas que no le pertenecen debe explicar su procedencia.

—Lo siento, son de mi cliente y no estoy autorizado a revelar nada.

—Deme su nombre para que podamos verificar su declaración —pidió Harris suspicaz.

—No, y le aconsejo que no me haga cargos por delito de robo de joyas porque haría un desastroso ridículo.

—Me plantea una papeleta difícil y usted me cae bien. Se mete en líos, recibe una paliza y no se queja ni empieza a chillar pidiendo que encierre a quienes le han golpeado, pero el asunto de las joyas debe aclararse.

—Lo haré cuando mi cliente lo permita. Ahora, si va a guardar las joyas, deme un recibo de ellas. No me importa que las guarde usted mientras luego no falte ningún pedrusco.

—¿Es que está pensando que voy a dejarle marchar así como así?

—Naturalmente, sargento Harris. Es usted un hombre inteligente y se dará cuenta de que no puede acusarme de robo si nadie ha sido robado.

—Pero ¿y las joyas?

—En su momento tendrá la explicación.

Harris puso cara seria y preguntó:

—¿Todo este lío de las joyas pertenece al caso Dennis Boodly?

—¿Le interesa mucho saberlo, sargento? —preguntó de un modo

amigable, pero cuidando de no hablar demasiado.

—Sí, porque creo que usted no conocía bien a su amigo Boodly.

—Bueno, yo he tratado de averiguar algo y no me han dejado.

—¿En el Mayer Hotel?

—Sí.

—Es lógico. Es la policía quien debe hacer preguntas y no los agentes privados, pero ya que pretende ayudar a su amigo, vea esto.

El sargento le mostró una caja forrada en piel. Al abrirla, Abby L. Morton observó bien lo que había dentro.

—Dos jeringuillas hipodérmicas, un juego de cuadro agujas, dos ampollas y diez lugares vacíos donde faltan otras tantas ampollas.

—¿Sabe lo que contienen estas ampollas?

—¿Drogas?

—Sí, drogas combinadas capaces de hacer volar a una tortuga.

—¿Y esto pertenece a Boodly?

—Exactamente. Lo hemos hallado entre sus cosas en su habitación del hotel. Ya ve que la dirección del Mayer no se opone a la investigación, lo que ruega es que esas cosas no se divulguen en bien de los restantes huéspedes.

—Muy amables. ¿Y las ampollas que faltan?

—Supongo que dentro del cuerpo de Dennis Boodly. Un drogadicto perdido.

—Bien, quizá al final tenga que aceptar que mi amito es un infeliz toxicómano, pero ¿y Bárbara?

—¿Se refiere a la que dice ser su esposa?

—Sí.

—Encaje esta otra noticia respecto a su amigo.

—Suéltela de una vez y no se haga tanto el interesante, sargento.

—Bien. Boodly, sobre el que hemos averiguado cuánto ha sido posible, estuvo casado con Bárbara.

—¿Y qué fue de ella?

—Tuvieron una pelea conyugal. Por lo visto, su amigo fue demasiado duro al golpearla y la mandó al hospital en estado de gravedad.

—Siga.

—Hace cuatro años se consumó el divorcio, que los jueces concedieron a Bárbara ante la belicosidad demostrada por su marido. Desde entonces, cada cual vivió por su cuenta. Ésa es la

historia de Dennis y Bárbara; poco edificante, ¿verdad?

—Sí, desde luego, y Dennis me ha sorprendido de veras.

—Me satisface que lo comprenda así. A veces es duro aceptar ciertas cosas de parientes o amigos a los cuales se estima.

—Bien, sargento, parece que ha ganado el primer *round*. ¿Qué van a hacer ahora con Boodly?

—Enviarlo a un sanatorio de toxicómanos. Ya se habrá dado cuenta de que desvaría completamente. Con el informe del médico y lo que hemos encontrado en su equipaje, es suficiente para tener problemas; claro que está grave. Me han llamado del hospital para comunicármelo. Esta última vez tomó demasiado, quizá dos ampollas de estas de un solo golpe. Lo que no comprendo es su empeño en continuar este caso, ya que me ha dicho que sólo ha perdido un *round*.

—¿Y por qué Boodly me ha contado lo de la desaparición de Bárbara si está divorciado de ella desde cuatro años atrás? —Clavó la mirada en el representante de la ley—. Sargento, necesito un pase para hablar con Boodly.

—¡Por todos los diablos! Primero se rebela diciéndome que no puedo arrestarle, ahora me pide un pase para ver a Boodly, y luego, ¿qué me pedirá?, ¿salir con mi mujer?

—Vamos, vamos, no se excite. Sólo deseo hablar tranquilamente con Boodly y si está grave como dice no podrá negármelo, ¿o es que le va a dejar morir como a un perro, sin hablar con nadie?

—Está bien, está bien, pero las joyas quedan aquí en la caja fuerte de la estación de policía. Le extenderé el recibo correspondiente por ellas y le concedo veinticuatro horas para que arregle su ética profesional solicitando autorización a su cliente para justificar la posesión de las joyas o lo meto en la cárcel. Le aseguro que va a tener problemas. Los jueces de Las Vegas suelen ayudar a los hoteleros y propietarios de las salas de juego. No quiero decir con ello que sean parciales, pero sí que miran por lo que en realidad la vida a esta ciudad: el turismo y el juego, y hay que protegerlo siempre que sea legal para que Las Vegas no sea devorada por el desierto.

—Está bien, pero si mi cliente no dice nada no será culpa mía.

—Veinticuatro horas —recalcó—. Aquí tiene el recibo por las joyas. Un perito policial ya las ha descrito y yo lo firmo. Tenga

también el pase para ver a Boodly. Ah, se me olvidaba...

—¿Qué?

—No quiero que, meta las narices por el Mayer Hotel. Aparecer de nuevo por allí sólo le acarrearía problemas. Le darían otra paliza y además me buscarían las cosquillas a mí por haberlo soltado durante veinticuatro horas sin fianza hasta que justifique la procedencia de las joyas.

—Por lo que a mí respecta, procuraré que esos gorilas del Mayer no me vapuleen de nuevo.

—Ah, y no quiero que abandone la ciudad mientras yo no le autorice.

—¿No tiene nada más, sargento Harris?

—Sí, que se compre un par de filetes de ternera y se los meta en el bolsillo. Empiezo a conocerle y me dejaría cortar el cuello si antes de veinticuatro horas no ha tenido problemas con alguien.

Abby L. Morton sonrió irónico, pero al ponerse en pie la sonrisa se borró de su rostro.

Hasta aquel instante no se había percatado de cuánto le dolía el cuerpo. Los condenados habían pegado muy duro.

CAPÍTULO V

Abby L. Morton no perdió tiempo y se dirigió al hospital general de Las Vegas.

Deseaba conversar con Dennis Boodly, si es que no se había puesto tan mal que resultaba incapaz de coordinar ideas. Luego, ya tendría tiempo de regresar al The Sands, pedir diez libras de cubitos de hielo, meterlos en la bañera y después meterse él para ver si de este modo se le pasaban los dolores del cuerpo.

Por otra parte, hacía tanto calor que el agua ordinaria que manaba por los caños salía caliente.

El vigilante de la sala celular del hospital comprobó el pase que Abby le tendía, firmado por el sargento Harris. Luego observó:

—El doctor Berner no está ahora. No sé si debe ver a Boodly.

—Creo que traigo un pase de su superior, ¿no? ¿Acaso he de pedir una orden firmada al propio presidente de Estados Unidos?

—Está bien, pero temo que el doctor se moleste luego.

Le franqueó la entrada al ala celular y le acompañó hasta la habitación-celda de Dennis Boodly.

Había tres juegos de llaves iguales. Uno se guardaba en el despacho del director, otro lo llevaba siempre encima el guarda de turno bajo su completa responsabilidad y el tercero lo tenía la enfermera de turno, que efectuaba un recorrido por las habitaciones cada treinta minutos, comprobando así el estado de los enfermos allí custodiados, a menos que el doctor exigiera mayor atención para algún enfermo en particular.

La enfermera no estaba a la vista en aquellos momentos y Abby se congratuló. Prefería hablar a solas con Boodly, sin ser molestado, y antes de llegar se había provisto de un bloc de hojas blancas y un lapicero negro de mina blanda.

—Alce las manos.

—¿Va a registrarme?

—Sí, es la rutina. No pueden entrarse armas de ninguna clase u objetos punzantes.

—Supongo que me permitirá pasar el bolígrafo y el lápiz.

El agente sonrió.

—Por supuesto. —Lo cacheó y luego dijo—: Está bien, no lleva armas. Así da gusto.

Pasó al interior de la estancia y el guardián dejó la puerta entornada para poderle vigilar cuando lo creyera conveniente.

Dennis Boodly tenía los párpados bajados y su aspecto era mucho más demacrado que el día anterior. Abby frunció el ceño. Era evidente que Dennis estaba muy mal. Semejaba haber envejecido unos cuantos años de golpe, convirtiéndolo casi en un anciano.

Abby se aproximó a él lentamente y lo primero que hizo fue comprobar las venas de los brazos de Dennis, en especial la vena cefálica en el pliegue de los codos.

En el brazo izquierdo no tenía ni un solo pinchazo que pudiera notarse, ni callosidades en la vena como era normal en los toxicómanos que empleaban las jeringuillas para drogarse, máxime en el pliegue del brazo izquierdo, ya que se inyectaban a sí mismos con la diestra.

Si tenía que juzgar por el pliegue del brazo izquierdo, Boodly no se había inyectado en mucho tiempo. Luego, inspeccionó el brazo derecho y éste le fue mucho más difícil de observar, ya que tenía clavada la aguja que le proporcionaba el suero contenido en la bolsa de plástico que colgaba de un hierro en alto.

Alrededor de esta aguja había manchas ligeras de sangre, como de haber sido limpiado el pliegue precipitadamente.

—¿Van a sacarme más sangre? —musitó Boodly sin abrir los párpados y hablando con gran esfuerzo—. Estoy débil, muy débil.

—Dennis, soy yo, Abby.

Trabajosamente, el enfermo abrió los ojos. Le miró y forzó una sonrisa.

—Hola, Abby, eres mi amigo.

—Sí, claro que soy tu amigo.

—Pues no dejes que muera; por favor, evítalo.

—Dennis, respóndeme, ¿eres un drogadicto? Dímelo con sinceridad, porque si me mientes no podré ayudarte.

—Te juro que en mi vida he probado una droga.

—Sin embargo, entre tus cosas han encontrado dos jeringuillas y varias ampollas de drogas combinadas.

—No eran mías.

—Pero ¿conoces su existencia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Eran de Bárbara.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Yo las vi y la sermoneé por ello.

—¿Y qué te respondió?

—Que la culpa de que tomara drogas, en cierto modo, era mía.

—¿Tuya? ¿Por qué?

—Hace cuatro o cinco años tuvimos una pelea, ya casi ni me acuerdo. No tengo muchas fuerzas para recordar.

—Haz un esfuerzo, Dennis.

—Está bien. Peleamos y ella se dio un fuerte golpe en la nuca contra el canto de una mesa.

Dennis Boodly se detuvo y cerró los ojos para recuperarse.

—Por favor, Dennis, prosigue. Haz un esfuerzo; quiero ayudarte, sacarte de este lío, pero debes colaborar aunque te cueste.

—Si ya trato de hacerlo —suspiró el enfermo.

—Pues adelante.

—La llevaron al hospital. Yo creí que se moría, lamenté mucho lo sucedido, pero ya era tarde. Fue muy difícil su curación. Tuvieron que ponerle una placa de platino en la parte del hueso roto. Después supe que la lesión que se hizo le producía fortísimos dolores craneales que en el hospital le calmaban con inyecciones de morfina.

—Y se acostumbró.

—Sí, yo lo comprendí y por ello no me puse fuerte al ver que llevaba las drogas consigo. Me dijo que sólo se las inyectaba cuando los dolores la afectaban en demasía.

—Bien, Dennis, me has aclarado ya la existencia de las drogas en tu equipaje, pero creo que no has dejado bien claro cuanto se refiere a Bárbara.

—¿Por qué?

—Ella no era tu esposa. Se divorció de ti hace Guarro años.

—Sí, es cierto. A raíz de su herida le concedieron el divorcio con mucha facilidad.

—¿Y por qué lo pidió, si el golpe fue accidental?

—En aquellos días habíamos tenido muchas disputas. Ella deseaba seguir trabajando como cuando era soltera. Yo me opuse.

—¿Por qué? Eso es natural y ayuda a aumentar los ingresos.

—Es que su trabajo no me gustaba ya de soltera cuando la conocí, y menos de casada.

—¿Qué trabajo hacía Bárbara?

—Era ilusionista. Sabía hacer muchos trucos con naipes, dados, botellitas, pañuelos, palomas y conejos. He de admitir que lo hacía bien, pero para desviar la atención del público de los trucos que estaba haciendo, sólo usaba un diminuto y muy brillante bikini. Bárbara estaba muy bien de cuerpo y ya comprenderás adónde iban los ojos de los espectadores. Después, el aplauso era fácil de obtener.

—Comprendo, pero pese a todo no es una profesión deshonrosa.

—Pero a mí no me agradaba —insistió con las escasas energías que encerraba su cuerpo.

—¿Cuando obtuvo el divorcio, recuperada ya de su herida, trabajó de nuevo como ilusionista?

—Sí. Yo la fui a ver varias veces, tratando de que ella no me descubriera, pero me vio en más de una ocasión. Es muy lista y tiene mirada de águila. Es una mujer a la que nada se le pasa por alto.

—¿Y la venida a Las Vegas era una especie de reconciliación?

—Sí. Queríamos volver a casarnos. Ella ya no tenía tanto éxito.

—¿Por qué?

—Su rostro había cambiado mucho a raíz del accidente, y por lo visto la herida le afectó algo el sistema nervioso. No era tan rápida con sus manos como antes, aunque su vista seguía ligera. También su boca cambió.

—¿En qué?

—Bárbara había pasado muchas horas sufriendo sin tener con qué comprar las drogas que amortiguaban su dolor y cuando así estaba, acababa mordiendo el labio inferior. Lo tiene visiblemente marcado, cualquiera puede darse cuenta a varias yardas de distancia.

—Es una buena señal para reconocerla. Dime, ¿viste a alguien que pueda declarar que os vio juntos?

—Pues, no. Conocido en Las Vegas, sólo te encontré a ti y tú ni siquiera llegaste a ver a Bárbara. Estuvimos en el salón de espectáculos, donde una botella de champaña para celebrar nuestro encuentro me costó veinte dólares.

—¿Cuándo pensabais casaros?

—En un par o tres de días. Aquí todos los papeles de divorcio o boda se hacen muy aprisa. Es una forma de mantener el turismo.

—Pero ¿no recuerdas a nadie, un camarero, algún vecino de habitación que pudiera afirmar que os vio?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque al parecer la policía está convencida de que Bárbara sólo existe en tu imaginación.

—¿Qué estás diciendo? ¡Si Bárbara existe, estuvo conmigo en una habitación doble!

—¿Estás seguro de que la habitación era doble?

—Claro.

—¿Recuerdas el número de la misma?

—El ciento ochenta y cuatro, la recuerdo bien porque sumaba trece y a mí me agrada ese número. Bárbara se reía de eso.

—En el hotel dicen que tú solo cogiste una habitación individual y nadie que se llame Bárbara se hospeda allí.

—Ella se llama Bárbara Nataly Simmons y en los hoteles, ya desde muy joven, cuando andaba por esos mundos de Dios de teatrillo en teatrillo haciendo sus trucos, firmaba B.

N. Simmons.

—Parece que me das datos que tendré que comprobar.

—¿Tú tampoco me crees?

—Si no te creyera, no estaría aquí ni me habría dejado dar una paliza por ti.

—¿Te han pegado?

—Sí, y tengo la impresión de que esos gorilas, además de pegarte a ti, te doparon. Por cierto, ¿sabes si Bárbara tenía enemigos?

—Que yo sepa, no, y en cuanto a raptarla, no tengo dinero, no podría pagar un rescate. Ya me explicarás lo que puedo ahorrar vendiendo aspiradoras.

Abby sonrió. Comenzaba a tener sus propias sospechas de aquel asunto, pero se abstuvo de decírselo al bueno de Boodly.

—Bien, Dennis. Alguien, por el motivo que sea, trata de probar que Bárbara no ha aparecido por aquí. Nosotros demostraremos lo contrario. ¿Tienes alguna fotografía suya?

—No, no llevaba ninguna encima.

—Entonces veremos de hacer un dibujo que se le parezca. No será una foto-robot de la policía, pero espero que pueda servir de algo.

—Ya recuerdo que dibujabas muy bien, sobre todo chicas.

—Sí, pero no se trata de que recuerdes a las chicas que yo dibujaba en El Toro, sino al rostro de tu Bárbara y, no temas, sólo le dibujaré la cara.

Dennis Boodly esbozó una sonrisa a duras penas. Abby comenzó a dibujar.

—Los ojos más redondos.

—Bien, ¿así te vale? Luego haré un dibujo mejor, no importan las rectificaciones.

—Sí, y el pelo negro; ahora lo lleva corto.

Abby siguió con el dibujo atendiendo las indicaciones de Dennis. En unos minutos logró un rostro que a Boodly le convenció.

Abby tomó una hoja nueva y plasmó el dibujo definitivo, ya sin las rectificaciones.

—Es perfecta, Abby. Es Bárbara, no cabe duda.

—Bien, ya tenemos algo más, pero hay una pregunta que debo hacerte.

—No sé si podré responderte ya —suspiró apenas sin voz—. Estoy muy débil. El doctor ese me sacó mucha sangre.

—¿Para qué?

—No sé. Yo estaba dormido y desperté, pero él no se dio cuenta, pues cerré los ojos. Me había sacado la goma de la aguja que tengo clavada en la vena y me llenó dos o tres vasos de sangre, no sé cuántos.

—¿Vasos? ¿No se los llevó en una ampolla especial? Quizá tratara de renovarte la sangre.

—No, no; la tiró al lavabo, yo lo vi.

—¿Y luego no te han repuesto la sangre?

—No.

—Es muy extraño todo esto. ¿Y cómo es que han encontrado residuos de drogas en tu sangre si tú no las tomas?

—Lo ignoro.

—Creo que ya ha hecho demasiadas preguntas. Boodly está muy grave y no se le debe molestar tanto.

Ante aquella observación, Abby se giró hacia la puerta. En el umbral vio la figura del doctor Berner.

Tras él, aparecía el vigilante del ala celular del hospital.

—Tengo permiso de la policía.

—La policía no es responsable si este hombre entra en coma o si le sobreviene un ataque, de nervios que lo lleva al paroxismo. Ahora, le ruego que abandone la sala. Ha permanecido demasiado tiempo aquí. Y a usted —reprendió al vigilante—, le había advertido que este hombre no podía hablar más de cinco minutos.

—Ha estado más tiempo, pero como traía un pase firmado, creí que...

—No crea tanto la próxima vez y usted salga, por favor; no me haga repetírselo.

Abby Morton miró a Dennis; éste tenía los ojos cerrados y sin embargo estaba seguro de que se hallaba despierto. Era como si tuviera miedo al médico, un miedo que podía trocarse en terror.

—Está bien, voy a salir, pero dígame qué está haciendo para recuperar a Boodly.

—Cuanto es necesario —replicó agrio el galeno.

—Es muy raro que esté peor, apartado ya de las drogas.

—Por lo visto, quiere dar lecciones siendo un profano, pero le explicaré para que no hayan dudas —dijo con una sonrisa fría y de suficiencia.

—Le escucho, doctor. Estoy muy interesado en la salud y la vida de mi amigo Boodly.

—Los toxicómanos, cuando son apartados de un modo drástico de las drogas, sufren crisis que empeoran su salud.

—¿Ha sufrido alguna crisis desde ayer? Usted —interpeló al vigilante—, ¿le ha oído gritar pidiendo que le inyectaran drogas?

—Pues no, la verdad.

—Cree que se está pasando de rosca. No es quien para venir dando lecciones.

—Doctor, ¿no podría ser que Boodly estuviera muy débil, casi

anémico y que en ese estado cualquier medicamento fuerte que le den puede afectarle gravemente? —inquirió Abby haciendo oídos sordos a las réplicas agrias del galeno, que no quería responder adecuadamente.

—Quien debe conocer su estado e intentar curarlo soy yo, no usted.

El vigilante apretó los labios. Estaba asistiendo a un desafío verbal entre dos hombres, ninguno de los cuales quería dar su brazo a torcer.

—Doctor, ¿por qué en el estado tan anémico en que se encuentra Boodly le saca sangre y la arroja al lavabo? ¿Es que esa sangre le estorba?

—¿Qué yo le saco sangre? ¡Eso no es cierto, es una estupidez, y usted vigilante saque a este hombre inmediatamente de la sala o daré parte a los superiores!

—Haga el favor de acompañarme —pidió el vigilante, viendo que las cosas se ponían feas y el médico tenía autoridad en aquella sala, mientras que Morton sólo traía un pase circunstancial que le permitía ver al enfermo arrestado durante cinco minutos y no los veinte argos que había permanecido con él. Se lamentó de no haberlo sacado antes.

—Sí, ahora voy con usted, pero antes quiero decirle que un hospital es un lugar idóneo para asesinar a alguien sin despertar sospechas. Existen mil medios para enviar a un ser humano a la tumba sin que se note que es homicidio.

—¿Qué está insinuando? —inquirió Berner agresivo, palideciendo ostensiblemente.

—Sólo quiero decirle que si mi amigo Boodly muere en esa cama, yo le buscaré las cosquillas a usted y le juro que sabré hacerlo. De modo que cuídelo bien y procure que sus glóbulos rojos y su presión sanguínea sean correctos si no quiere tener serias dificultades.

Sin esperar respuesta, Abby se alejó en compañía del vigilante.

Lyndon F. Cameron no podía tener las manos quietas cuando algo le preocupaba.

En aquellos instantes, sus dedos ágiles hacían repiquetear un bolígrafo de oro sobre la carpeta que tenía delante y encima de la mesa escritorio. Mientras, sus ojos pequeños y cínicos permanecían

clavados en su interlocutor, mucho más desasosegado que él.

Sloom, uno de los vigilantes del Mayer Hotel, que al igual que sus compañeros, en horas de trabajo vestía el traje vaquero con el «Colt» 45 de reglamento, asistía silenciosamente a la entrevista.

—Berner, no me agradan los hombres que se ponen excesivamente nerviosos.

—La situación es delicada y usted no lo ignora, Cameron.

—La situación es complicada, lo admito, pero no hasta el extremo de alarmarse. La verdad es que los acontecimientos se han complicado por sí solos.

—Todo ha sido por la intromisión de ese detective privado —observó Sloom.

Cameron lo aceptó, pero no le agradó que uno de sus empleados hablara cuando no se lo habían pedido.

—Cierra la boca, Sloom. Nadie te ha dicho que la abrieras.

—Pero lo que ha dicho Sloom es cierto —se apresuró a argüir el doctor Berner.

—Hemos tratado de empapelarlo por robo de joyas, pero ese investigador privado es escurridizo y se ha salido con la suya.

—Ha ido a ver a Boodly con un pase del sargento Harris. Quizá sean amigos.

—Es posible. Yo quería hacerlo todo legal, pero por lo visto con ese tipo hay que emplear otros métodos.

—Debemos apartarlo de aquí como sea. Él sospecha, estoy seguro.

—¿De qué sospecha, Berner?

—De que trato de acabar con Boodly de un modo que no llame la atención y ahora ya no puedo hacer nada. Si Boodly muere, ese detective hará abrir una investigación y podrían hacerme cargos por homicidio premeditado. No me gusta este asunto, creo que lo mejor es dejarlo correr. Eso he venido a decirle, Cameron.

Lyndon F. Cameron sonrió de un modo que hizo estremecer al galeno. Luego, endureció su rostro y apuntándole con el bolígrafo de oro silabeó:

—Usted, doctor hará lo que yo le ordene, para eso le pago bien. ¿Lo ha entendido?

—Sí, pero ahora es muy peligroso.

—¿Quiere que haga llegar a la policía ciertas pruebas de

trabajos efectuados por usted? Recuerde que tengo pruebas de sus cochinos trabajos de obstetricia.

—¡No, eso no, Cameron, no lo haga, sería fatal para mí!

—Lo sé y además le pago, Berner, ¿lo entiende? Le pago. Soy excesivamente generoso con usted. Podría obligarle a actuar como a mí me diera la gana y sin embargo le pago. ¿Y sabe por qué le doy ese fajo de billetes cada vez, como si estuviera en mi nómina?

—Porque es usted generoso —tartamudeó Berner, viéndose entre la espada y la pared.

—Le pago porque quiero que quienes trabajan para mi estén contentos y no me vengan con lloriqueos. Pero si bien soy generoso y quiero ver a mi gente satisfecha, también soy muy duro cuando intuyo que alguien puede traicionarme.

—No, no tema eso de mí, se lo juro, le doy mi palabra. Sólo he venido a decirle que el detective privado sospecha y que es peligroso, que tiene sus narices metidas en este asunto. Por cierto, se me acaba de ocurrir la idea de que podría pagarle bien —dijo riendo.

—¡Estúpido! —No se recató en insultar Cameron. El médico se apresuró a callar—. Si de veras conociera a los hombres se daría cuenta de que Abby L. Morton no es de los que se venden y menos cuando un amigo está en dificultades. Me ha costado muchos millones levantar el Mayer Hotel y pienso ganar muchísimo más con él, pero no voy a dejar que unos entrometidos o unos llorones como usted me lo destruyan.

Berner tragó saliva. Sabía bien que Cameron tomaba medidas drásticas cuando un problema le agobiaba y se maldijo por haber ido a quejarse en persona delante de él.

—¿No podríamos arreglarlo de otra forma? Me refiero a Boodly, claro.

Lyndon F. Cameron miró al médico con los ojos semicerrados, apenas asomando las pupilas. Por un instante, pareció ir a insultarle. Luego, sus labios se entreabrieron con una sonrisa burlona.

—¿Cuál es la forma que se le ha ocurrido, doctor?

—Opino que podría debilitarlo aún más de lo que está y luego drogarlo en varias dosis consecutivas.

—Y brincaría dentro de la cama como un simio, ¿eh? —rió

Cameron mostrando sus dientes de comadreja.

—Sí, se volvería loco. Sus nervios se desequilibrarían de un modo irreversible y nadie haría caso de cuanto dijera.

Cameron pareció pensativo. Dio unos golpes sobre la mesa y luego habló:

—No me gusta que corra la sangre innecesariamente, y aparte de que no soy ningún sádico tampoco soy estúpido. La sangre es para la policía lo que la carroña para los buitres. La intuyen, la huelen y la ven, y acaban por descubrir todo el pastel.

—No creo que la policía encuentre nunca a la mujer —intervino Sloom suficiente.

—En este asunto ya ha habido un cadáver. Les dije a mis hombres que no quería otro a menos que resultara necesario y por eso drogaron a Boodly que, después de todo, no sabe nada. Lo malo es que se ha metido por medio el entrometido del detective y el sargento Harris con él.

—Entonces, ¿acepta mi plan? —preguntó Berner buscando una salida a su difícil situación, ya que no quería verse envuelto en un asesinato que podría descubrirse con facilidad.

—Sí, acepto su plan. No obstante, hay que eliminar al detective.

—Si terminan con él y Boodly es encerrado en un hospital, sin posibilidades de recuperación, con los nervios hechos trizas sin que nadie tome en cuenta sus palabras, todo estará solucionado.

—Eso es cierto, y los compañeros y yo estaríamos muy gustosos de quitar de en medio al detective —indicó Sloom.

—Ya te he dicho que hables cuando te lo pidan, no antes, bocazas. —Caminó un par de pasos y se volvió hacia el vaquero—. Sin embargo, tienes razón. Esta vez habría que efectuar el trabajo con sumo cuidado y cautela.

—Comprendo, patrón —asintió Sloom—. Tendría que desaparecer como la mujer.

—Exacto, como si se hubiera marchado. Que el sargento Harris no hiciera preguntas luego sobre él. Debe ser como si se hubiera esfumado de Las Vegas. Para ello, escogeremos a uno de los muchachos, el que más se parezca físicamente a ese investigador, y una vez tengamos su documentación lo haremos tomar el avión para el vecino Estado. Luego, tirará los documentos a cualquier colector y regresará aquí en la noche por carretera, procurando no

toparse con ningún patrullero de la policía. De esta forma, el sargento Harris sólo tendrá que comprobar la lista de vuelos y verá que su amigo el detective se ha largado.

—Creo que es la solución que nos conviene a todos —asintió Berner más tranquilo.

—Bien, pero si algo falla me olvidaré de los disimulos y el que sea culpable de un tropiezo lo pagará muy caro. Sé cómo hacer morir a un hombre en esta tierra desértica, maldiciendo durante horas y horas el haber nacido.

CAPÍTULO VI

Abby L. Morton se sentía en la gloria metido en la bañera repleta de agua hasta el borde. Sólo sobresalía su cabeza y un montón de cubitos de hielo que flotaban en la superficie.

Caía la tarde, pero el calor continuaba siendo asfixiante, molesto, aunque en las habitaciones del hotel había refrigeración como en todos los locales de la turística Las Vegas.

Abby se sentía bien helando su cuerpo y quitándose parte de los dolores que tenía después de los golpes que le habían dado los «pitecántropos» de Lyndon F. Cameron.

Estaba aguardando una llamada que había solicitado de una compañía de ficheros-computadores a la cual estaban asociados no sólo todos los agentes privados del país, sino también grandes industriales y políticos.

La cuota no era muy elevada y cuando se solicitaban datos, las computadoras daban la ficha completa, pues para los asociados no había nada confidencial. Por tanto, se les informaba de todo lo que pedían si estaba archivado.

Abby estaba muy interesado en la vida y milagros de Lyndon F. Cameron.

De pronto, llamaron a la puerta de la habitación. Abby lanzó su mirada hacia la hoja de madera cruzando el umbral del baño, que comunicaba con el dormitorio; siempre dejaba abierto, evitando así que le sorprendieran.

—Un momento —respondió.

Con un suspiro de disgusto, abandonó la bañera con su hielo. Se puso el albornoz de baño anudándose el cinturón y con los pies mojados fue a abrir.

—¡Geraldine!

—Oh, veo que no estás muy visible —replicó la muchacha ataviada con un vestido tan corto por arriba como por abajo.

Lo lucía con gracia y estaba muy atractiva, dejando que el oro de su cabellera cayera parte sobre su espalda y el resto por el escote delantero.

—Oh, no creo que tú te asustes por nada. Anda, pasa.

Geraldine Randall no se hizo de rogar. Parecía más modosa.

Abby cerró la puerta y se dirigió al mueble-bar donde guardaba una botella de «*bourbon*» del que se había provisto nada más llegar.

Geraldine, con aspecto de sentirse culpable de algo, se sentó en el sillón.

—¿Un trago?

—Bueno.

Abby le sirvió y con su propio vaso en la mano se acomodó en el brazo del sillón, comenzando a beber sin pronunciar palabra.

Sabía que la chica se sentía incómoda, que estaba esperando que él hablara primero rompiendo el hielo, pero no lo hizo. Prefirió que ella hiciera el esfuerzo necesario para explicarle el motivo de su visita.

Transcurrieron los segundos lentamente, en silencio. La luz que se filtraba a través de las persianas graduables de los grandes ventanales era cada vez más tenue. En los jardines del hotel empezaban a encenderse las primeras luces artificiales, que aumentaban la belleza del lugar.

—He oído contar que te habían detenido por robo de joyas —musitó al fin, sin mirarle a la cara.

—¿Han dicho mi nombre?

—Bueno, ha corrido la voz de que habían atrapado a un ladrón con joyas encima y que estaban buscando a la persona que había sido robada, ya que la vigilancia es muy completa.

—Y tú has supuesto que ese ladrón era yo.

—He llamado a la policía.

—¿Preguntando por mí?

—Preguntando por el ladrón de joyas.

—No habrás hecho la llamada desde el hotel, ¿verdad?

—No, no quería que me descubrieran. He telefoneado desde una cabina pública.

—Menos mal. De este modo, el sargento Harris se estará rascando la cabeza al tratar de descubrir quién es la misteriosa fémina que pregunta por Abby Morton y las joyas robadas.

—Pero, esas joyas no son robadas. Yo te las entregué para que las devolvieras a mi padre, es decir, a menos que sean otras las joyas.

—No, las joyas que la policía guarda a buen recaudo son las tuyas y yo tengo el recibo. Las devolverán cuando su propietario acredite su identidad. Para mí, eso no es problema. El juez las recuperará cuando sea el momento oportuno.

—Así, ¿te han soltado y no van a hacerte cargos? —inquirió mirándole ya directamente.

—Sí, me han soltado. No soy ningún fugitivo, claro que tengo veinticuatro horas para que el propietario aclare las cosas a la policía y, naturalmente, no me denuncie por robo.

—Si yo llamara a la policía diciendo que me han robado, te meterían en la cárcel, ¿verdad?

—No creo que lleves a cabo lo que estás imaginando.

—¿Por qué?

—No eres tan mala para meterme en «chirona» por una temporada.

—¿Confías en mí? —inquirió ella creciéndose en importancia.

—No confío en ninguna mujer, pero el denunciarme provocaría un gran escándalo.

—¿Olvidas que es mi padre quien no quiere el escándalo, que a mí me da lo mismo?

—No creo que a ti te dé lo mismo, deseas vivir tu vida pero no perjudicar a tu padre.

—Puede que no sea tan buena e ingenua como crees. Sería divertido meter en la cárcel al hombre que ha venido a descubrirme.

—No te hagas la interesante, Geraldine. Tu padre me sacaría inmediatamente identificando las joyas.

—Te crees muy listo, ¿eh?

—No, pero los investigadores privados sabemos bien lo que arriesgamos en ciertas ocasiones.

—Entonces, ¿crees que iré a la policía para declarar que las joyas son mías y que las había depositado en ti para devolverlas a mi padre?

—En absoluto, tú no harás tal cosa. Sería el principio del escándalo que esperan los periodistas.

—Entonces...

—Aguardo las instrucciones de tu padre que, por cierto, debe estar fuera de su casa, porque todavía no ha respondido a mi llamada.

—¿Para qué te diga lo que debes hacer conmigo?

Él escrutó los ojos de mirada intensa y de un celeste claro. Los labios femeninos dejaban escapar un aliento suave y cálido muy cerca de él.

—Si no fueras la hija de mi cliente...

—¿Qué?

—Me temo que cometería una tontería.

—¿Qué clase de tontería?

—Creo que nos estamos desviando de la conversación. Lo mejor sería que dejaras de crear problemas a tu padre y regresaras a Albany.

—No, quiero vivir mi vida y ya tengo empleo para pagarme el sustento. Opino que presumes mucho de masculinidad y a la hora de la verdad no sabes qué decirle a una mujer.

—No —denegó lentamente tras beberse todo el *whisky* que Abby le preparara.

Geraldine se puso en pie riendo provocativamente. Los brazos del hombre atenazaron su estrecho talle. La atrajo hacia sí. Geraldine ya no reía y sus venas temblaron bajo la piel a impulsos de su sangre.

El temible lince, más que correr, se deslizaba por entre los riscos y matojos. Sorteaba los espinosos cactus y seguía corriendo mientras de cuando en cuando alzaba su cabeza ligeramente hacia atrás, mostrando los agresivos colmillos. El lince jamás había luchado contra el ruidoso monstruo que le perseguía.

No podía dudarse de la bravura de aquel animal sanguinario que había provocado el terror en algunas de las apartadas casas solariegas que había en las inmediaciones del Lago Mead.

La piel gris cremosa despedía destellos al reverberar el sol y sombras que apenas podía captar el ojo humano, pues el músculo cambiaba inmediatamente de posición. Un terror atávico se había apoderado del animal, que no cesaba de correr, pero menos preparado que los cánidos, sólo podía recorrer distancias no

demasiado largas, aunque a mayor velocidad que ellos.

Los pulmones del felino se agitaron con fuerza. Trepó sobre una gran roca con suma facilidad y se enfrentó a su monstruoso perseguidor.

Rugió con fuerza mientras aprovechaba unos instantes para descansar y tomar aire. El lince sabía bien que aquel enfrentamiento no iba a servir de nada, pero él necesitaba aire.

La carrera había sido veloz y su monstruoso perseguidor parecía no cansarse jamás. Volando adelantaba más que él y su ruido hacía temblar al animal, más de miedo que de fatiga.

El lince, viejo y solitarios rechazado por las hembras y sediento de sangre, si hubiera podido pensar se habría dado cuenta de que había ido demasiado lejos provocando la ira del grande entre los grandes, del rey entre los reyes, el dominador de la vida animal y vegetal, el *homo sapiens*. Se había atrevido a molestarle, a herirle y ahora dos hombres a bordo de aquella ruidosa máquina voladora convertida para el animal en un gigantesco pájaro de presa prehistórico que si bien él no había visto más, sí sus antecesores, le perseguía de un modo implacable y sistemático.

—Fíjate, ya ha cruzado la carretera solitaria —indicó el que llevaba los prismáticos.

El helicóptero perdió altura voluntariamente mientras se acercaba más al felino que corría mientras la sombra del pájaro mecánico se proyectaba sobre su cuerpo.

—Sigámoslo un poco más —pidió el que lo controlaba con los prismáticos.

—Debe ser un lince solitario. No creo que esté con algunas hembras.

—Me agradaría cazarlo para meterlo en una jaula del jardín zoológico.

—No vale la pena, es viejo y no duraría mucho. Además, la orden del gobernador es tajante, hay que eliminarlo. Atacó a dos niños que estaban al borde de una piscina y ambos resultaron heridos. Se salvaron gracias a que se arrojaron al agua y su padre comenzó a tocar el claxon del automóvil espantándolo. Además, lo han visto merodear por otras fincas y ha provocado el terror entre los veraneantes más o menos solitarios que hay cerca del lago Mead.

—Los lincees no suelen perseguir a los humanos, sólo andan tras los conejos, pero ese viejo lince debe tener el demonio dentro.

—Lo que deseará es morir luchando como un buen ejemplar de su raza —opinó el agente de la policía estatal a su compañero.

Su misión ordinaria no era cazar lincees solitarios sino patrullar sobre las carreteras controlando el tráfico desde el aire. Mas, aquélla era una emergencia que debían solucionar a primera hora de la mañana, cuando el sol aún no era fuerte.

Habían recibido el aviso de que la fiera había sido vista cerca de un hotel y la suerte les favoreció al hallarse volando no muy lejos del mismo. Luego, rastreando con los poderosos prismáticos, habían localizado al escurridizo animal siguiéndolo hasta hallar el lugar idóneo para darle muerte sin herir a nadie.

El lince se introdujo por el temible Valle del Fuego, donde los árboles petrificados semejabán seculares fantasmas encadenados al suelo sobre un cauce de ardiente tierra caliza donde la vida parecía imposible.

Sin embargo, el mundo de las pequeñas alimañas, arácnidos e insectos, era extenso y peligroso.

Valle del Fuego, tierra maldita o guarida del diablo, a las trece horas era el reflejo de lo que podía ser el averno.

—Creo que es un sitio idóneo para liquidarlo —observó el copiloto.

Dejo en el cajón los poderosos prismáticos y tomó el rifle de repetición.

—Afina la puntería. No estamos aquí para divertirnos ni para dejar a ese animal solamente herido. Sería aún más peligroso.

—No lo creas. Si cayera herido en el Valle del Fuego jamás saldría vivo de él. Cuando el sol calienta de firme, las piedras queman y las hormigas y especímenes se lanzarían sobre él como providencial almacén alimenticio. No le dejarían escapar. Del animal que cae en este lugar sólo aparecen luego los huesos y en veinticuatro horas como máximo queda su esqueleto desnudo al sol para calcinarse lentamente como esos árboles petrificados.

—No me agradaría perderme nunca ahí abajo. Menos mal que los turistas no se adentran por este valle, exponiéndose a que el coche se les averíe y ya no puedan salir vivos.

—Anda abajo con la libélula y ponía un poco a la derecha del

animal.

Al lince se le agotaban las fuerzas y rugió aterrado al ver que el gran pájaro se le acercaba implacable, provocando una nube de polvo a su alrededor. Al fin, sonaron los disparos y el lince dio un brinco en el aire.

Rodó hecho un ovillo pero no estaba muerto. Su poderosa vitalidad le hizo saltar y brincar de un lado a otro mientras lanzaba horribles rugidos y rascaba las rocas calizas con sus zarpas.

El agente, buen tirador, desde el helicóptero ahora quieto en el aire, apenas a diez pies del suelo, dispar certeramente agujereando la cabeza del solitario felino.

—Magnífico, ya está listo. Ahora hay que hacerle la fotografía.

El helicóptero se depositó suavemente en el suelo, a muy corta distancia del cadáver del lince. El agente del rifle se colocó cerca de él y su compañero piloto se hizo cargo de la máquina fotográfica.

Hizo un par de fotos que luego aparecerían en la primera página de la Prensa de Las Vegas. El lince en primer plano, muerto en el suelo, junto a él, con el rifle en la diestra, el agente que lo había liquidado y tras él el helicóptero utilizado para la persecución.

La población de la bulliciosa ciudad del desierto respiraría más tranquila al dejar de temer al lince solitario y aplaudiría la labor de la policía.

Aquel acto, para la policía estatal, había sido fácil y de muy buena prensa. El gobernador estaría satisfecho.

—Bueno, vámonos. Las alimañas del Valle del Fuego se encargarán de hacer desaparecer el cuerpo.

El helicóptero remontó el vuelo, pero a poca distancia, el agente cazador señaló con el dedo exclamando:

—¡Eh!, ¿qué es aquello?

—Parece un esqueleto humano.

No muy lejos de donde fuera abatido el lince, yacía un inconfundible esqueleto humano.

El agente se llevó los prismáticos a los ojos y observó con atención.

—No cabe duda, es un esqueleto humano y parece una mujer por lo que queda de su cabellera.

—Será mejor que nos acerquemos. Le haremos una fotografía para que no digan que vemos visiones y que vengan los compañeros

de homicidios a recoger esos restos.

El helicóptero tornó a detenerse en el suelo del valle, cuyas piedras comenzaban a calentarse con celeridad a medida que el sol ascendía en el firmamento.

—No cabe duda, es una mujer —opinó el primero de los agentes que saltó a tierra.

—Pero, qué extraño. No hay restos de prenda alguna. Es como si hubiera quedado aquí completamente desnuda.

—Y no lleva una sola joya encima. Nada que la identifique.

—Espera, algo le brilla en la nuca.

—Parece una placa de plata.

—Sí, no cabe duda. Es como si la hubieran operado del occipital colocándole una plaqueta de plata. Aparte de eso, no hay nada más que la pueda identificar, apenas el color de su cabello y estatura.

—Diablos, sí que es feo este descubrimiento. Quizá esta mujer fue hermosa, pero ahora sólo es un horripilante espectro de este valle.

—Fíjate, está a muy corta distancia de un hormiguero gigante. En mal lugar fue a caer la desgraciada. Debieron devorarla en pocas horas.

—No creo que haya venido desnuda hasta aquí para ver los grabados prehistóricos.

—¿Quieres decir que la han abandonado expuesto cerca de este horrible hormiguero?

—Eso se encargarán de averiguarlo los de homicidios. Tú prepara la máquina, hay que hacer buenas fotos. Yo voy a coger la lata de gasolina.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya lo verás. Tú haz fotos del esqueleto, y desde varios puntos.

Mientras el piloto tomaba las fotografías, su compañero se acercó cuidadosamente al gran hormiguero subterráneo procurando no colocar su bota donde se movían las devoradoras hormigas del desierto.

Rocío las hormigas y el núcleo de la boca del nido con gasolina. Los bichos brincaron de un lado a otro, anegados por el líquido que los iba aniquilando.

Luego, una cerilla encendida fue arrojada sobre el hormiguero que ardió con una gran llamarada, carbonizando a aquellos insectos

que habían tenido la osadía de devorar a una mujer.

CAPÍTULO VII

El hombre entró riendo en el Mayer Hotel. Su aspecto era el de un vaquero que pese a tener unos grandes bigotes blancos y caídos al estilo mejicano, cejas también pobladas y blancas y unos mechones canos de cabello cayéndole sobre la frente bajo el «Stetson», resultaba alto, viril y de sonrisa jovial.

Aparentaba unos sesenta años, pero no era óbice para que las chicas le dedicaran miradas complacientes, máxime cuando en la caja cambió una buena cantidad de dólares por fichas y *nickels* disponiéndose a jugar.

Por donde pasaba, lanzaba un grito al estilo de los vaqueros, llamaba la atención, aunque allí estaban habituados a ver los tipos más raros.

Los vigilantes no pusieron obstáculos a aquel recién llegado que sólo era un tipo dispuesto a gastar sus dólares.

Se acercó a la barra del bar y se colocó tras la chica que tenía las posaderas más grandes y provocativas. Dándose cuenta de que era observado, dio un golpe de abajo arriba con sus dedos en la parte femenina. Al tiempo que ella brincaba, él mostraba un fósforo encendido con el cual dio lumbré al cigarrillo que se había llevado a los labios profiriendo un grito de alegría casi infantil.

—¡Bruto! —inrepó ella, una de las chicas gancho del Mayer Hotel.

—Me llamo MacCoy y soy tejano, ¡tejano! Y me gustan las hembras con mucho... —Hizo un gesto ampuloso delante de su tórax y luego otro muy significativo de las caderas, que arrancó carcajadas de quienes observaban—. ¡Estás estupenda!

La muchacha miró a sus compañeras, luego a los que reían y acabó por reírse ella también.

—Vaya con el viejo. Si ya no debes tener fuerzas ni para comer sopas.

—Eso te lo crees tú. Fíjate, fíjate qué dientes. Sesenta años y como si tuviera veinte, ¿verdad?

—Sí, es asombroso —admitió la chica—. Tienes la dentadura de un joven.

Jocosamente, con los gestos ampulosos que le caracterizaban, el viejo enlazó la cintura de la fémina y tiró de ella apartándola de la barra.

—Vamos, tú serás mi musa inspiradora. Quiero jugar, me pesan las fichas en el bolsillo. Luego hablaremos a solas, veremos si solo puedo comer sopas o filetes duros de búfalo.

La chica se dejó llevar por aquel tornado llamado MacCoy.

La musa no resultó demasiado inspirada, pues el vaquero perdió por todos los lugares donde pasaba, desde las máquinas tragaperras a la ruleta o los naipes.

Sin embargo, pese a sus pérdidas, seguía gritando como si nada ocurriera.

—Vas a dejar hasta la camisa —observó la mujer riendo—. Luego no te va a quedar con qué pagarme algo a mí.

—Ah, está visto que el juego no se me da bien esta noche. Sin embargo, mañana volveré a la carga. Tengo que desbancarlos a todos. Ahora, lo que quiero es una chica.

—Ya me tienes a mí —se ofreció tras ver la generosidad con que el tejano tiraba los dólares.

—Espera, espera —dijo llevándosela a la barra donde habían otras compañeras de la chica.

—¿Qué quieres que espere, a que tomes fuerzas? —preguntó burlona, deseando provocarlo para acabar pellizcándole el bolsillo donde guardaba fichas.

—No. Un amigo mío me dijo que si iba a Las Vegas y quería pasar la noche del paraíso buscara a esta chica y me hizo este dibujo.

Entre gritos y bromas, mostró el retrato de Bárbara.

—No vale gran cosa —opinó una.

—Tiene el labio estropeado —dijo otra.

—Yo no la he visto nunca —arguyó la chica que le acompañara en el juego.

Otras dos se callaron y las pupilas vivaces del tejano se fijaron en ellas, que desviaban sus miradas hacia los vaqueros que andaban

por entre las mesas de juego, controlando el orden.

—¡Yo sí, yo sí la he visto! —gritó una voz femenina pero cascada.

MacCoy se volvió. Tras él había una mujer bajita que con su cabeza apenas rebasaba el codo del tejano. Llevaba el pelo corto y unas gafas redondas cubrían sus ojos miopes. La cara pecosa, fea desde que su madre la trajo al mundo y con casi cincuenta años sobre sus costillas repletas de carne. Era todo un adefesio que contrastaba con las beldades.

—¿Ah, sí, y dónde la ha visto? Estoy ansioso por hincarle el diente. —Y lanzó una sonora carcajada.

—No me digas que prefieres a la del dibujo en vez de a mí, ¿eh? —inquirió la fémina que estaba junto a él.

—Lo siento, es que ésa es especialista en viejos. —Y rió socarronamente, coreado por las chicas que habían a su alrededor.

—Pues yo la vi con un joven delgado y con pelo cortado al cepillo.

—¿Y dónde está ahora?

—No recuerdo más.

—¿Has perdido la memoria? —le preguntó MacCoy a la cincuentona que, como otros hombres y mujeres, residía fijo en Las Vegas.

Jugaban calculadoramente cada noche en los distintos hoteles, exponiendo siempre una cantidad pequeña. Ganaban poco pero subsistían, aunque a veces debían al hotel algo más de un mes de hospedaje. Luego, el día menos pensado, recuperaban y pagaban religiosamente. Eran unos personajes extraños, sin relevancia, que Las Vegas aceptaba bien porque servían de gancho a los nuevos que llegaban.

—¿Cada cuánto te flaquea la memoria?

—Cada vez que se me acaba el dinero para seguir jugando.

—Está bien, aquí tienes un puñado de *nickels* para que hagas saltar las endemoniadas máquinas tragaperras, pero vas a decirme algo más sobre esta chica.

—Sí, claro que sí —asintió aceptando rápidamente las monedas. No pudo disimular una sonrisa de satisfacción. Aquello era como acertar en una de las máquinas tragaperras.

—Los hay con mal gusto —gruñó la chica despreciada

encarándose con la barra del bar.

—Vamos, estoy esperando con impaciencia —apremió al ver que se acercaban dos de los vigilantes tras hablar con una de las chicas. A uno lo reconoció de inmediato, era el tipo que había tostado su rostro bajo la lámpara de cuarzo.

—Iba con un joven. Él se fue y ella organizó un altercado en una de las mesas de juego.

—¿En cuál fue? —preguntó el tejano.

—No recuerdo, en cualquiera.

—¿Qué sucedió después?

—Dos de los vigilantes se la llevaron. Después, ya no la vi más. Creo que el joven la buscaba luego, pero nadie le dijo nada.

—¿Y tú?

—Tampoco, él no era generoso como tú.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Micke acercándose.

—¿Y a vosotros qué os importa? —rió desdeñoso—. Sois vaqueros de tres al cuarto.

Los dos vigilantes intercambiaron una mirada de inteligencia.

—A ver el dibujo que estabas mostrando —pidió el compañero de Micke.

—¿Y por qué tengo que enseñarlo? —replicó MacCoy.

—A mí me parece que lo conozco y no acabo de saber de qué —masculló Micke.

—Vamos, vejete, enséñanos el dibujo y no te dolerán los huesos —advirtió el otro vigilante.

Las chicas se apartaron y la individua de las gafas desapareció con sus monedas. Salió del Mayer Hotel presintiendo que podía haber tormenta para ella allí dentro.

MacCoy se guardó el dibujo en el bolsillo de su camisa vaquera. Micke intentó arrebatárselo, más el tejano le dio un empujón que lo hizo tambalear.

—¡Maldito viejo, te voy a partir un par de huesos! —Gruñó Micke.

—Aquí no, afuera —indicó su compañero recordando las órdenes de Cameron.

Los dos vigilantes asieron al tejano por ambos brazos, disponiéndose a llevarlo a los jardines del hotel como elemento no grato en la sala de juego.

Lo alzaron levemente en el aire, como si aquello fuera jugar para ellos, más se encontraron con la sorpresa, de que el viejo tenía una fuerza y una agilidad insospechadas.

Los dos vaqueros rodaron por el suelo y entre brincos de alegría, como si para él aquello también fuera diversión, les empujó una mesa de «bacarrá» encima en medio de los gritos de las féminas.

Naipes, fichas, dinero, todo rodó por el suelo armándose un gran barullo.

—¡Atrapémosle! —rugió Micke lanzándose sobre el lejano y teniendo que encajar un puñetazo en el mentón que lo tumbó de espaldas.

—¡Maldito viejo! Pega como una mula —gritó uno de los vigilantes, que ahora ya eran cuatro, intentando atrapar al zaragatero anciano, que saltó sobre una ruleta y les tiró la bola.

Cuando iban a cogerlo por las botas, MacCoy saltó por encima de la cabeza de uno de los vaqueros, derribando una mesa de dados.

—¡Quieto maldito viejo o le disparo!

—¡Yupiiiiiii! —Y tiró la mesa de la ruleta.

Sonaron detonaciones, pero MacCoy estaba seguro de que allí, con tanto público y yendo él desarmado, no le dispararían a dar.

La bronca cuajó como él pretendía y fueron ya los clientes quienes entraron en la fiesta de los mamporros.

No tardó en escucharse la sirena de la policía, alguien había dado la voz de alarma.

MacCoy seguía sin ser atrapado y dando puñetazos demoledores, de los cuales los vigilantes del Mayer se sorprendían. Por contra, el viejo no había recibido un solo golpe que le hiciera callar en sus estridentes gritos de vaquero.

La entrada de los agentes uniformados resultó apoteósica. Los arrestos se multiplicaron y hasta pareció que el viejo tejano se ponía voluntariamente entre los brazos de dos agentes, que se lo llevaron en volandas no sin sudar lo suyo dado su peso, pues MacCoy adoptó la pose de no resistencia a la ley.

Quedó encerrado dentro de un furgón que lo condujo a la comisaría. Dentro del mismo iba Micke también.

—¡Maldito viejo loco! ¡Te van a hacer pagar todo lo que has roto y en cuanto salgamos, si te vuelvo a ver, te rompo la crisma!

Micke se abalanzó con deseos de pegar al tejano, pero el agente

que vigilaba a los detenidos lo hizo sentar con la amenaza de la porra. Mícke, sin su «Colt» que le había sido retenido en la bronca del Mayer, no se atrevió a enfrentarse al policía.

El doctor Berner estaba nervioso en su despacho. Temía ser descubierto por el vigilante de la policía que custodiaba el ala celular del hospital.

Había sacado ya una vez sangre a Dennis Boodly y lo había dejado en un estado al borde del coma. Era como si Boodly hubiera sufrido una hemorragia casi mortal y no le hubieran repuesto la sangre perdida.

No le había sacado más sangre tal como prometiera a Lyndon F. Cameron. En realidad, le había propuesto aquel plan para aplacarle, pero a la hora de la verdad temía que se le quedara en las manos y un asesinato, habiendo un tipo como Abby L. Morton en medio, podía llevarle a una acusación de homicidio en primer grado. Aquello lo asustaba. Berner no tenía madera de héroe, aunque distara mucho de ser un héroe cometiendo tal crimen.

Había tocado el timbre y esperaba que de un momento a otro se presentara la enfermera Themperton. No quería arriesgarse directamente con Boodly y sin embargo tenía que hacer algo, aunque temiera llevarlo a cabo.

Dennis Boodly le había sido encargado a él para que no representara jamás un peligro y debía cumplir, para algo estaba en la nómina de Lyndon F. Cameron y cobraba cada mes sus buenos dólares.

—¿Me llamaba, doctor Berner?

La enfermera solterona, con pronunciado vello sobre el labio y ademanes de suficiencia, había entrado en el despacho.

—Sí. Inyéctele esto al enfermo Boodly.

Berner le tendió una ampolleta desnuda, sin etiquetas que pudieran identificarla. De aspecto exterior era incolora y transparente, lo mismo podía pertenecer a una solución de calcio que de cianuro potásico o cualquier sal orgánica que beneficiara al enfermo.

—Bien, doctor Berner. Quería decirle que a Boodly lo veo mal, muy demacrado. Como si le faltara sangre.

—No me interesan sus observaciones, enfermera —respondió acre—. Cumpla lo que le ordeno y deje los diagnósticos para quien

pueda hacerlos.

La enfermera apretó los labios, disgustada, pero asintió.

—Sí, doctor, haré lo que ordena.

Berner sabía que habría resultado muy extraño que él inyectara, al enfermo, pues los médicos no solían pinchar cuando tenían una enfermera que podía hacerlo por ellos y él no deseaba llamar la atención.

Con aquella ampolleta, Boodly tendría suficiente para pasarlo muy mal, máxime en el estado en que se hallaba.

La enfermera abandonó el despacho con la ampolla en su mano.

Berner quedó solo, pero no menos nervioso.

¿Moriría Boodly? ¿Quedaría medio loco? ¿Cuándo se lo llevarían al hospital estatal de toxicómanos?

Se cansó de esperar y al fin decidió ir a ver qué tal reaccionaba Dennis Boodly con el inyectable.

Saludó al vigilante de la policía que le abrió la puerta general del ala celular. Luego, vio que la perteneciente a la habitación de Boodly sólo estaba entornada. Empujó la hoja, sorprendiendo a la enfermera con la mancha del medidor de presión de sangre en la mano.

—¿Qué está usted haciendo? —rugió molesto.

—Ya le he dicho doctor que este hombre me parece muy grave y le tomaba la presión. Es para asustarse de como está.

—¿Quién la ha autorizado a tomarle la presión? —inquirió casi fuera de sí ante la intromisión de la mujer.

—Doctor, tomarle la presión a un enfermo no le hace daño alguno, es más, cualquier ayudante técnico sanitario está autorizado a comprobarla.

—¡Pero usted no es ayudante técnico sanitario, sino una simple enfermera!

—Con muchos años de experiencia —replicó también airada poniéndose en pie—. Este hombre se muere.

—¿Pretende darme lecciones?

—No, claro que no, sólo quiero advertirle de lo que sucede. Es la obligación de las enfermeras que mantenemos la vigilancia sobre los pacientes. Nosotras observamos y cuando notamos algo anormal advertimos al médico. Es precisamente lo que estoy haciendo y no dar lecciones como usted me acusa.

—¡Quítele el medidor del brazo!

—Sí, doctor, como usted mande, pero creo que...

—¡Cállese! —gritó fuera de sí.

La enfermera comprendió que se estaba jugando el puesto en el hospital y obedeció rápidamente, aunque en el fondo no estaba conforme con el galeno.

—Ya está, doctor.

—¿Le ha inyectado la ampolleta?

—Todavía no, doctor. Precisamente le he tomado la presión de la sangre al darme cuenta de que el inyectable contenía una dosis de morfina.

Al oír esto, Dennis Boodly abrió los ojos. Miró a ambos y gritó:

—¡Socorro, sáquenme de aquí!

Al oír la llamada de auxilio se presentó rápidamente el vigilante. Ya en el umbral de la puerta preguntó:

—¿Sucedó algo? He oído un grito.

—¿Se da cuenta de lo que está provocando, enfermera Themperton? —inquirió el médico.

—¡Quiero salir de aquí! —insistió Boodly, que agotaba sus fuerzas por momentos.

—No ocurre nada —indicó el médico al vigilante—. Es que el enfermo delira y ya sabe, los toxicómanos gritan inesperadamente.

—Pero si le inyectamos la morfina ahora... —opinó de nuevo la enfermera, instintivamente.

—¡Cállese! Ya le he dicho que no me interesa su opinión. Si quiere darla, vaya primero a la universidad y estudie, doctórese en Medicina y luego hable, antes no. —Berner, comprendiendo que su nerviosismo le había hecho excitarse demasiado en tono más bajo y condescendiente añadió—: ¿No sabe que a muchos drogadictos no se les puede cortar la toma de drogas de un modo drástico y radical, que tal terapéutica perjudica más sus nervios que los beneficia? Hay que darles lo que necesitan, cada vez en dosis menores y más distanciadas hasta que prácticamente solo se les inyecta agua y la locura por drogarse desaparece.

—Como usted diga, doctor. No ha sido mi intención pasarme de mis atribuciones, sino esmerarme en mi trabajo.

—Está bien, lo olvidaré y no la llevaré a la dirección, pero la próxima vez límitese a cumplir mis órdenes taxativamente.

—De acuerdo, doctor.

El vigilante hizo un gesto de satisfacción al ver que la bronca amainaba y allí no parecía haber pasado nada. Más, al observar los ojos de Dennis Boodly vio terror cuando miraba al doctor Berner, que se acercó más a él.

—Deme la jeringuilla, le inyectaré yo mismo y luego ya arreglaremos lo de su presión con una solución de cloruro sódico.

—Bien, doctor.

La enfermera Themperton, buena conocedora de los fármacos, pues sólo llevándose a la lengua una de las gotas sobrantes por la jeringuilla había descubierto la solución de morfina, entregó la jeringuilla a su superior.

Berner limpió la vena cefálica del brazo izquierdo de Boodly y hundió fríamente la aguja en ella, inyectando la fuerte dosis de morfina en la sangre del indefenso Boodly.

Boodly mareado, hundido en un mundo de placer artificial que le asqueaba, en unos razonamientos apenas conseguidos se dijo que si salía de aquella apurada situación jamás tomaría una droga.

CAPÍTULO VIII

El sargento Harris resoplo. Sus cejas se habían pegado entre sí sobre el apéndice nasal y parecía muy furioso.

—Bien, ¿y por qué diablos tanto pedir hablar conmigo a solas? —inquirió de mal talante.

El tejano sonrió irónico.

—Tengo mis motivos.

—¿Y cuáles son sus motivos después de provocar una bronca en el hotel más lujoso de Las Vegas?

—Bueno, bueno, el lío lo han organizado ellos.

—Sí, ése es el cuento que explican todos para sacarse las pulgas de encima, pero a usted no le irá bien, se lo prometo.

—¿Va a abusar de un viejo tejano que ha venido a Las Vegas a tirar sus últimas canas?

El tejano se había sentado en una silla frente a la mesa escritorio del furioso sargento, que por la bronca armada en el Mayer Hotel tenía todas las celdas repletas de arrestados, que debería soltar a las pocas horas.

Los más furiosos dentro de las celdas eran los vigilantes del Mayer Hotel y para soltarlos ya habían llamado altas jerarquías de la policía, pero había turistas para los cuales pasar la noche en una celda de la policía constituía una diversión inesperada y además gratuita.

—Hay que proteger a los reyecitos del juego, ¿eh, sargento?

—Oiga, que sea un viejo no le da derecho a meterse con la policía. Suelte lo que ha venido a decirme y luego regrese a su celda.

—¿De veras no me conoce, sargento? —rió el tejano.

—Pues no he tenido el disgusto de conocerle antes. Los tejanos me parecen demasiado vanidosos, engreídos y zaragateros. Creo que me he explicado lo suficiente.

—Menos mal que yo no soy tejano.

—¿Ah, no? Pues su acento, su forma de vestir y lo que ha dicho...

El viejo volvió a reír. Alzó su mano y de un tirón se arrancó el canoso bigote, las cejas y la peluca tras quitarse el sombrero.

—¡Morton!

—El mismo, para servirle, sargento Harris.

—Pero, pero...

—Vamos, vamos, parece como si hubiera metido los pies desnudos dentro de un nido de avispas.

—¡Peor! Acabo de ver al neoyorquino detective Morton, al hombre que va a darme más dolores de cabeza que un tornado arrasando la ciudad.

—¿Por qué se molesta conmigo? Ya ve, le tengo confianza y le he declarado mi identidad. Los demás no la conocen, claro que si la hubieran sabido me habrían llenado de plomo con sus pistolones.

—¿Por qué diablos armó esa bronca?

—La provocaron ellos.

—¡Le va a costar un buen puñado de dólares! Lyndon F. Cameron le hará cargos por camorrista y le obligará a pagar cuanto se ha roto.

—Huy, eso está por ver.

—¿Cómo?

—Ya le he dicho que ellos provocaron la pelea. Encontraré testigos si hace falta, pero considero que si se dan cuenta de que estoy dispuesto a defenderme como gato panza arriba retirarán los cargos. No les convienen los pleitos.

—Está muy seguro de ello.

—Yo siempre estoy seguro de lo que hago.

—De veras me desconcierta, Morton. Los vigilantes de los hoteles son bastante duros cuando se emplean a fondo, los arrestamos, pero sus abogados apenas los mantienen unas horas en la cárcel y no suelen existir testigos en su contra.

—Bah, esos tipos sólo son gorilas sin seso.

El sargento Harris permaneció unos instantes callado observando atentamente a Abby, que se había despojado completamente de su caracterización. Trataba de escrutar la mente del investigador privado y nada logró. Era impenetrable, y por ello

se vio obligado a preguntar:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Vamos, no se haga el sueco. ¿Qué pretendía caracterizándose de viejo vaquero tejano en el Mayer Hotel?

—Buscar.

—¿El qué?

—Una mujer.

—Ya, Bárbara.

—Así es.

—Parece que no se ha olvidado del asunto. ¿Es que no tuvo suficiente con lo que le expliqué respecto al divorcio de su amigo Boodly, que sólo es un toxicómano sin importancia al que hay que llevar a un hospital si no se muere antes?

—Vamos, vamos, sargento, ¿es que no ha leído los periódicos de la tarde?

—Ya. No trataré de decirme que el esqueleto femenino que han hallado dos agentes de la patrulla aérea pertenece a Bárbara.

—Puede estar convencido de ello.

—Morton, le ha ido perfecto el que hayan encontrado un cuerpo sin identificar de mujer en esta zona. Pero eso no basta. Además, no pertenezco a homicidios. Sólo meto las narices en las broncas de los hoteles, en los borrachos que se encuentran por las calles de Las Vegas y en los casos aislados como el de su amigo Boodly, que no ha podido resistir unas drogas y hay que encerrarlo para que se cure.

—Pero usted podría hacer un buen favor a sus colegas de la brigada de homicidios.

—No me diga. Le veo muy animoso en colaborar.

—Yo siempre estoy dispuesto a colaborar.

—¿Ah, sí? Pues todavía no me ha dicho de quien son las joyas guardadas dentro de la caja fuerte y se le agota el tiempo. Lo malo es que ahora está metido en demasiados líos.

—No tuerza el diálogo, sargento Morton y dígame.

—¿El qué?

—¿Ha leído bien el artículo que han escrito sobre el hallazgo de ese cadáver femenino?

—Sí. Es raro que estuviera desnudo allí, pero a veces pasa.

—¿Y qué explicación le da?

—Hay muchas veraneantes que se tuestan al sol como Dios las trajo al mundo. Otras, utilizan bikinis de papel que lógicamente desaparecería rápido ante la voracidad de las hormigas.

—¿Y cuál es su opinión particular sobre el caso, sargento?

—Que esa chica era la novia de alguien, y fueron a visitar el Valle del Fuego.

—Sí, y su amante se la olvidó allí, claro.

—Es muy posible que lo hiciera exprofeso, pero ya le he dicho que es asunto de la brigada de homicidios. ¿Para qué quiere calentarme la cabeza con ese asunto?

—Sargento, le voy a contar lo que me dijo Boodly en la última visita que le hice, por cierto antes de que fueran descubiertos los restos humanos de que habla la Prensa.

—¿Qué pretende, hacerme perder más tiempo o congraciarse conmigo para que no lo tenga encerrado demasiado?

Abby hizo caso omiso de las amenazas y protestas del sargento y comenzó a decir pacientemente:

—Boodly me explicó que su mujer había desaparecido.

—Ese cuento me suena a viejo.

—Bien, pero quizá le interese más saber que se divorció de ella cuando Bárbara recibió un golpe en la cabeza accidentalmente.

—Sí, lo sé, y supongo que ahora me contará la historia de que han venido a Las Vegas a reconciliarse.

—No anda desencaminado, sargento, pero existe algo más.

—Dígalo y regrese a su celda.

—Oh no, cuando salga de este despacho me iré a la calle. Debo proseguir mis investigaciones.

—¿Quéé? —Brincó Harris como si le hubieran puesto una tachuela en la butaca.

—Vamos, vamos, está hecho un manojo de nervios.

—¡Usted no saldrá de la comisaría!

Abby puso cara de circunstancias, pero estaba seguro de que aquellas palabras se las llevaría el viento.

—Bárbara fue operada del occipital. Le pusieron una placa de plata tapándole el occipucio. Ahora, ¿tiene por aquí uno de los periódicos de la tarde?

—Sí, creo que en el cajón tengo uno.

—Pues sáquelo, vamos.

El sargento Harris, perplejo, sacó el periódico. Abby lo desdobló señalándole la fotografía de los restos encontrados.

—Fíjese en la cabeza y luego en lo que han dicho los agentes a la policía.

El sargento leyó ávidamente y exclamó:

—¡Diablos, pues es cierto!

—Bien, me alegro de que vaya entrando en razón.

Harris tomó rápidamente el auricular del teléfono.

—Voy a llamar a la brigada de homicidios.

—Espere, no sea impaciente. —Y le colgó el auricular de nuevo.

—¿Qué pretende, Morton?

—Ayudarle. Espere un poco más, luego tendrá tiempo de llamarles y será un gran éxito para usted la noticia que va a darles.

—¡No se trae nada más entre manos!, ¿Morton?

—Le juro que no. Yo sólo trato de desenmascarar este caso y no me importa que usted se lleve la gloria, sargento.

—Muchas gracias —respondió Harris con sarcasmo.

—La verdad es que yo he venido a Las Vegas por un caso muy distinto y me he hallado envuelto en éste por la amistad que me une a Boodly.

—Está bien, prosigamos. Si esa mujer es Bárbara, quiere decir que sí existe y que Boodly tiene razón.

—Eso ya puede darlo por descontado.

—Pero él no deja de ser un drogadicto.

—Ése es otro punto que hay que discutir.

—¿Por qué?

—Boodly no es ningún drogadicto, porque no tiene señal alguna de haberse inyectado.

—Sin embargo, el informe médico...

—Opino que hay que investigar a ese médico.

—Usted va a sospechar de todo y de todos —protestó ya sin tanta virulencia como lo hiciera anteriormente.

—Sí, en especial de Lyndon F. Cameron.

—¿El propietario del Mayer Hotel?

—No me diga que lo tiene por un hombre respetable.

—Bueno, no tiene pleitos con la ley y paga religiosamente sus elevadísimos impuestos.

—También un homicida peligroso puede pagar religiosamente sus impuestos.

—No haga chistes malos.

—He pedido informes sobre Cameron.

—Imagino que no tendrá un pasado níveo, pero si no está en deuda con la ley de nada sirve.

—Cameron es hijo de uno de los hombres fuertes de la organización de Capone de Chicago durante los años treinta.

—No recuerdo a ningún Cameron.

—Pero puede recordar a Fippy.

—¿Fippy? Ah, sí, era especialista en garitos de juego, trata de blancas y otros delitos. Creo que al fin pudieron probarle un asesinato y murió en la horca. No me diga que Cameron es su hijo...

—Exactamente. Por lo visto, heredó una importante cantidad de su padre, naturalmente no a través de medios legales o jurídicos, sino que Fippy tendría una buena caja de caudales escondida y su hijo supo cómo hallarla y aprovecharse de ella.

—Pero el nombre...

—Se llama Lyndon Cameron Fippy, pero él invierte los apellidos y sólo pone la inicial que corresponde al apellido paterno. De este modo, sus papeles siguen en regla pero nadie le descubre, habida cuenta de que han transcurrido muchos años y está en un Estado distinto al que viviera su padre.

—Bien, todo eso puede ser cierto. ¿De dónde lo ha sacado?

—De una agencia internacional de computadoras-detectives. Te abonas a ella y luego te dan los datos que pides. Naturalmente, hay que enviar el número de clave del abonado y yo lo tengo. Considero que la policía también debería tenerlo.

Harris suspiró.

—Y bien, creo que no podemos culpar a un hijo por los delitos que cometiera su padre. No sería justo.

—Dicen que de tal palo tal astilla, y aunque ese refrán no sea cierto en muchos casos, Cameron ha seguido los pasos de su padre. Gana mucho dinero y tiene a sus órdenes matones sin escrúpulos. Además, no me cae simpático.

—Si todos los que no le caen simpáticos fueran delincuentes estaríamos apañados.

—Lo que trato de decirle es que Cameron es un hombre

peligroso. Dos de sus «pitecántropos» se llevaron a Bárbara tras un altercado en la sala de juego.

—¿Dos pite... qué?

—«Pitecántropos», me parece que está flojo en el árbol genealógico del *homo sapiens*, ¿eh, sargento?

—Déjese de bobadas. ¿Puede probar que dos de los gorilas se llevaron a Bárbara?

—Sí. Luego, mediante un informe del hospital que operó a Bárbara, demostraremos que los restos hallados en el Valle del Fuego pertenecen a esa desgraciada y habrá que pensar en hacer cargos a los matones del Mayer Hotel.

—Exacto. La verdad es que este caso empieza a interesarme mucho.

—Magnífico que comprenda que los eslabones se unen.

—Sí, pero ¿por qué habría Cameron de eliminar a Bárbara?

—El motivo tampoco lo conoce el infeliz de Boodly. En realidad, él sólo fue una especie de testigo circunstancial de lo que ocurrió.

—¿Quiere decir que Cameron tenía algo personal contra Bárbara?

—Lo ignoro, lo que sí sé es que Bárbara eligió por ella misma ese hotel para hospedarse y que había vivido varios años de teatracho en teatracho. Ah, se me olvidaba, las drogas que usted encontró en el equipaje de Boodly pertenecían a Bárbara.

—No me diga que era ella la que se drogaba...

—Sí, ella gastó las ampolletas que faltaban. Se aficionó después de la operación, que por lo visto la afectó física y psíquicamente. Sufría ataques de dolor muy fuertes y por ello tomaba esas drogas.

—El caso se complica.

—Yo diría que se aclara. Usted debe ir al hotel Mayer y revisar escrupulosamente los libros de registro.

—¿Quiere decir que su nombre aparecerá en los libros?

—Me temo que sí, claro que ella firmaba siempre B.

N. Simmons.

—Claro, y nosotros buscábamos Bárbara Boodly.

—Como es un nombre que no corresponde mucho, puede que lo hallen con cierta facilidad. En caso contrario, haga pasar los libros por rayos a ver si ha sido borrado algún nombre.

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono. Harris lo cogió

cortando el diálogo.

—Sargento Harris al habla.

—Dennis Boodly corre peligro de muerte por falta de atención —dijo una voz femenina muy clara y fuerte, lo suficiente para que Abby pudiera escucharlo.

—¡Diablos! ¿Quién es usted?

—Alguien que quiere colaborar con la ley.

La llamante anónima colgó el auricular.

—¿Qué sucede, sargento? —inquirió Morton como si nada hubiera oído.

—Parece ser que el doctor Berner no cuida a Boodly lo que fuera de desear y que corre peligro de muerte. ¡Voy a tener que hablar con ese médico!

La mano de Abby se posó enérgica sobre el brazo del policía.

—Yo me encargaré de él.

—¿Qué?

—Sí, yo podré interrogarlo de un modo que a la policía no le está permitido.

—¡Pero si usted está en la cárcel, no puede salir de aquí!

—Vamos, vamos, firme una orden de salida. Aquí no ha pasado nada, suelte a los demás también.

—¿Y los cargos que le hará Cameron?

—Eso será papel mojado, máxime cuando lo atrape.

—Si es que no lo mata como a Bárbara —masculló el sargento pasando a firmar la orden de salida del falso tejano—. Tome, ya tendrá una colección, pero cualquier día lo mantengo encerrado a cadena perpetua.

—Gracias, sargento. Ya le informaré de todo lo que averigüe. Espero que resolvamos pronto el caso de Bárbara, la mujer —que nunca llegó a Las Vegas.

—De acuerdo, Morton, confío en usted, pero no me defraude. Lo que no sé es qué diré cuando los abogados de Cameron me bombardeen atacando a un viejo tejano que ha destrozado la sala de juego.

—Ya encontrará algo que contarles. Después de todo supongo que le queda algo de imaginación.

—¡Eh!, antes de marcharse, necesito algo más tangible con respecto a la desaparición de Bárbara. ¿Usted preguntó en el Mayer

Hotel, si hubo testigos?

—Sí, una mujer bajita, regordeta, de unos cincuenta años y muy miope. Es pecosa y va jugando sus *nickels* poco a poco para que no se los quiten con demasiada rapidez. Tenga, este dibujo es como si fuera la fotografía de Bárbara. —Se lo arrojó sobre la mesa.

—¿Cuál es el nombre de esa mujer?

—Lo ignoro, pero usted sabrá encontrarla. Estoy seguro de que vive fija en la ciudad, en cualquier hotelucho barato. Cuando pregunte por el dibujo, le dirá que dos de los gorilas del Mayer Hotel se llevaron a Bárbara Nataly Simmons.

CAPÍTULO IX

El automóvil que Abby L. Morton había rentado para desplazarse al lago Mead, formado por el pantano de Hoover, era un modelo bastante viejo y que había tenido que soportar muchas tempestades de arena del desierto, tempestades que a veces borran la mismísima cinta asfáltica haciendo peligrosa la conducción.

Hacía rato que venía observando, en aquella clara madrugada del desierto, que un automóvil le seguía.

Quizá fueran un par de turistas los tipos que iban dentro, pero también podían tratar de cazarle y eso no le gustó.

Aquellos sujetos, fueran quienes fueran, mantenían la distancia. Abby pisó el acelerador y les obligó a correr. Entonces, ya estuvo seguro de que le seguían.

El «Ford» que conducía el investigador dio el rendimiento apetecido. En media hora se puso cerca del lago artificial. Apenas había nadie en la carretera, era demasiado temprano y en aquella zona había demasiada vida nocturna para que nadie madrugara.

Abby seguía recordando con nostalgia la bañera repleta de cubitos de hielo que no sólo le quitaban el calor sino el sueño también.

En un lugar solitario, junto a la carretera, donde había una pendiente que moría en el lago Mead entre matorrales y altos arbustos, Abby detuvo el «Ford». Salió y abrió el capó del motor como si le hubiera ocurrido algo.

El automóvil que le seguía se detuvo junto a él y los dos individuos se apearon. Uno de ellos se situó detrás de Abby, sonriendo maliciosamente a su compañero, mientras llevaba su mano al bolsillo.

El otro preguntó inocentemente:

—¿Le ha ocurrido algo, podemos ayudarle?

—Sí, pueden ayudarme a seguir viajando en paz.

Tras las palabras vino la réplica fulminante. El puño de Abby L. Morton se hundió en el estómago de aquel tipo.

El que se había acercado por su espalda trató de golpearle la nuca con la culata de una pistola. No dio en su objetivo, aunque arrancó un gruñido de dolor de labios del investigador privado, alcanzado en la clavícula por el duro acero.

—¡Mátalo ya y lo arrojaremos al lago! —gritó el que estaba en el suelo.

Abby propinó una especie de coz al que le golpeara con la pistola cuando éste trataba de dar la vuelta al arma y disparar contra él. Alcanzándolo en el bajo vientre con el talón, lo lanzó por la pendiente abajo con un grito de dolor.

Aquel tipo se hundió en el agua, aunque a Abby le pareció que volvía a salir, escondiéndose tras un gran arbusto al ver que las cosas se ponían feas.

El otro enemigo de Morton desnudó una afilada navaja automática que trató de clavar repetidamente en el cuerpo de Abby aunque sólo hizo que cortar el aire.

Al fin, una de las veces marcó la plancha de su propio coche al apartarse Abby. El sicario de Cameron cargó contra el automóvil sin poder controlar su impulso.

Abby le atenazó la mano armada. Lo volteó lujándole el brazo y lo descargó contra el suelo. Un soberbio puñetazo lo puso fuera de combate dejándolo tendido.

—No habéis tenido mucha suerte —ironizó Abby tocándose la clavícula afectada.

Con la propia navaja de aquel delincuente a las órdenes de Cameron pinchó las ruedas de su coche.

—Seguro que ya no me seguís.

Montó de nuevo en su viejo «Ford» y prosiguió la marcha hacia el embarcadero.

Allí le aguardaba Geraldine Randall ataviada con un «poncho» de toalla anaranjado y un bikini debajo, de mismo color.

—Abby, ¿qué ocurre? ¿Por qué me has citado aquí? ¿Has llamado ya a mi padre?

—Esto es un bombardeo de preguntas, cielo.

La estrecha cintura de la chica quedó entre sus manos y evitar

besarla hubiera sido de tontos. Abby L Morton no era tonto precisamente, y menos con las mujeres.

Cuando la caricia terminó, preguntó con voz ronca.

—Cariño, ¿por qué no regresas a Albany y dejas a tu padre contento?

Ella frotó su nariz contra la de él en ademán amoroso y respondió:

—Porque me gustas tú.

—Mentirosa.

—No soy más embustera que tú, Abby. ¿Acaso no empleas la táctica del amor para conseguir que regrese con mi padre como una corderita?

—Si tu padre supiera lo que estoy haciendo en estos instantes, me quitaba la licencia de investigador privado en Nueva York. —Y la volvió a besar.

—Cuidado, cuidado, eres muy impetuoso y pueden vernos los barqueros aunque sea temprano.

—A ti, los barqueros te importan un rábano.

Geraldine musitó:

—Ignoraba que fueras tan ardiente, Abby.

—Pues ahora ya lo sabes. Para que otra vez me saques como ayer de la bañera donde estaba refrescándome con los cubitos de hielo. Ahora, será mejor que rentemos una canoa.

—Ya he pedido una de dos plazas. Podemos acercarnos a la presa hasta donde permita la zona no peligrosa.

En medio de un gran estruendo de motor, la embarcación surcó el agua, dejando una larga y doble estela tras de sí.

—Este lugar es maravilloso, Abby. Detén la motora.

—Dentro de unas horas estará lleno de lanchas surcando el lago en todas direcciones.

Detuvo el motor y la canoa se meció suavemente.

Ella recostó su cabeza sobre el hombro varonil. Con expresión de sentirse dichosa preguntó:

—¿Me llevarás de nuevo a Albany?

—Desde luego.

—Me gusta más Las Vegas.

—Tú eres una chiquilla que se deja deslumbrar. Lo que estás viviendo en Las Vegas es como un domingo frente al resto de la

semana, pero no se puede vivir solo el domingo, sino también los otros seis días.

Ella ronroneó inclinándose más hacia él:

—¿De veras no eres casado?

—No.

—¿Ni divorciado?

—No.

—¿A cuántas mujeres has conocido? Ya me entiendes...

—Esas preguntas sólo las hacen las niñas tontas y tú quieres ser una mujer mayor de edad, ¿no?

—Abby, voy a bañarme, me agrada este lugar.

En un santiamén, se quitó el poncho quedando con el diminuto bikini anaranjado.

—Eh, espera. Antes, tenemos que hablar.

—¿Sobre qué, mi padre, las joyas, el regreso a Albany, nuestro amor?

—Geraldine, te he citado aquí para pedirte un favor, pero si se entera tu padre de esto, me encierra en «chirona».

—Huy, parece algo interesante. ¿De qué se trata?

—¿Cómo te va el empleo de bailarina en el *show del Mayer Hotel*?

—Ah, pues muy bien. No gano mucho, pero me han dicho que tengo porvenir. Si mi padre, el sesudo y millonario juez Randall, hubiera escuchado al maestro de escena, seguro que lo crucifica.

—Creo que tu padre no va a quedar muy satisfecho de cuánto ocurre aquí en Las Vegas y eso le pasa por no dar señales de vida.

—¿No ha respondido todavía a tu llamada?

—No, y por eso no te meto aún en un baúl y te facturo para Albany.

—¿Serías capaz de apartarme de ti en esa forma? —le preguntó mirándole directamente a los ojos.

Abby miró a la muchacha. Sacó su mano fuera de la borda y hundió hasta el reloj en el agua, deseando que estuviera más fría.

—¿Qué hay?

—Mirar si hay muchos peces por aquí —respondió circunspecto.

—Tonto, ¿te burlas de mí?

—Lo que temo es que me estoy enamorando de ti, y no hay cosa a la que tenga más miedo que al... —Se detuvo.

—¿Qué...?

—Verás, Geraldine, ahora tengo otras cosas más importantes de qué hablar.

Ella esbozó un mohín de enfado en su rostro juvenil y tostado en el que destacaban las pupilas azul claro.

—Está bien. ¿Cuáles son esas cosas importantes de que quieres hablarme?

—Necesito que me hagas un favor, pero no sé si tengo derecho a pedirte.

—Haré lo que sea menos regresar a Albany.

—¿Y si te casaras, le dirías lo mismo a tu marido? —le preguntó él.

—Bueno, si el marido fueras tú, no. Creo que me dejaría dominar, aunque te advierto que soy muy rebelde y si no que te cuente mi padre.

—No hace falta, ya, ya se ve a simple vista.

—¿Por qué no te quitas la ropa y nos bañamos los dos?

—No me dejas hablarte en serio. Está bien, no te pido el favor.

Iba a poner la motora en marcha, pero ella se lo impidió.

—Espera, espera, te haré el favor que me pidas.

—Es un poco arriesgado y si tu padre se entera va a molestarse mucho. Podría ocurrirte algo.

—Ahora estoy más interesada que nunca. Creo que lo que me ha hecho escapar de casa y venir a Las Vegas es el afán de vivir emociones fuertes.

—Pues si quieres emociones fuertes, arrímate a mí.

—¿Más? —preguntó ella materialmente pegada a él.

—No, de ese modo no o no podré hablarte. —Hizo una pausa y añadió—: Tú trabajas en la sala de espectáculos del Mayer Hotel y podrías hacer una investigación por mí. Es que desde que creyeron que había robado tus joyas me tienen ojeriza.

—Uy, el Mayer se puso imposible ayer. Un viejo tejano dejó todas las mesas patas arriba y armó un escándalo que sólo un tejano podía organizar.

—¿De veras? —sonrió divertido.

—Sí, yo no tuve la oportunidad de verlo, pero me lo contaron las otras chicas.

—Demonios, es que hay cada tipo. En fin, a lo que íbamos. Me

interesan unas informaciones que deberás tomar con sumo cuidado, sin que nadie se entere y sin arriesgarte lo más mínimo, ¿comprendido?

—Si trabajo para ti como ayudante tendrás que darme un sueldo.

Abby parpadeó perplejo.

—Bueno, qué remedio. ¿Cuánto querrás cobrar? Te advierto que tu padre tampoco me paga demasiado a mí. Si no fuera por las dietas y los viajes en primera que le arranco, sería un negocio ruinoso venir a buscarte.

—No seré muy abusona, descuida. El sueldo lo estipularé yo.

—¿Cuándo?

—Cuando termine si mi labor ha sido satisfactoria. No quisiera cobrarte por algo que podría hacer mal, quiero estar segura de mí misma.

—Bueno, si es así me dejas más tranquilo. Ahora, atiende mis instrucciones. Te diré exactamente lo que quiero que busques.

Geraldine no volvió a interrumpirle con palabras mientras él hablaba, aunque siguió con sus arrumacos. Acababa de descubrir el amor y le parecía algo maravilloso.

Mientras hablaba, Abby L. Morton pensó que algunos trabajos valía la pena aceptarlos aunque se cobrara poco. También tenían sus compensaciones.

CAPÍTULO X

El doctor Berner abrió la puerta de su pequeño *cottage*. Las persianas bajadas impedían que la claridad diurna penetrara en la casa debidamente acondicionada con aire refrigerado. Encendió la luz y cerró la puerta.

Sufrió una desagradable sorpresa al ver que tenía una visita sentada tranquilamente en un sillón, fumándose un cigarrillo.

—Eh, ¿qué hace usted en mi casa?

—He venido a charlar con usted, doctor Berner.

—¿Conmigo? Salga de aquí inmediatamente o lo denunciaré a la policía por allanamiento de morada y me importa muy poco que sea amigo del sargento Harris o no.

—Vamos, doctor Berner, no se abandone a la histeria. Es usted un médico, no una vieja.

Los ojos del galeno relampaguearon furiosos. Su paciencia estaba ya colmada y sus nervios, alterados por cuanto sucedía, estallaban ahora ante la insolencia de aquel investigador.

Se preguntó cómo era que los hombres de Lyndon.

F. Cameron no habían terminado aún con aquel sujeto, que no cesaba de meter las narices en el caso Boodly.

—Está bien, llamaré a la policía —dijo dirigiéndose resueltamente al teléfono.

—Magnífico —aplaudió Abby—. De este modo, charlaremos todos en mesa redonda y cuando usted haya firmado su confesión podrán llevárselo esposado a la estación de policía.

—Pero ¿qué diablos está diciendo? —Gruñó Berner deteniendo su mano sobre el auricular sin descolgarlo.

Era como si el auricular pesara de pronto quinientos kilos y le fuera imposible sacarlo de su horquilla.

—Doctor, está metido hasta las orejas en el caso de Boodly. ¿Cree de veras que va a salir bien de él?

—No sé de qué me habla.

Abby sonrió mientras seguía sentado, fumando tranquilamente y dominando la situación.

—No me diga que se ha olvidado de Boodly. Tendría una memoria demasiado flaca para un sucesor de Hipócrates.

—Sé de sobras quién es Boodly. Tengo muchos pacientes, pero los del ala celular del hospital no se me olvidan.

—Claro, y menos si le pagan para asesinarlos lentamente de un modo científico que no deje huellas y cuya muerte sea tapada luego con un certificado médico oficial.

—¡Le haré cargos por sus calumnias!

Morton suspiró. Chupó el pitillo, que ya estaba consumido totalmente y aplastó la colilla contra el cenicero próximo. Expulsó el humo como si no le corriera prisa ante la impaciencia de Berner.

—Desde que ha entrado sólo hace que amenazarme y eso me causa el mismo efecto que una copa de champaña, es decir, me burbujea la nariz y me hace sonreír.

—No le creía tan fanfarrón.

—Ni yo a usted tan estúpido como para dejarse meter en líos con Cameron.

—No conozco a ese hombre.

—Entonces, ¿por qué quería verlo?

—¿Yo? Yo no fui a verlo.

—Vamos, vamos, yo le seguí y si quiere fotos de cuando entraba en el Mayer Hotel se las mostraré. Aunque parezca un tanto informal, llevo los casos con mucha meticulosidad.

—¿Qué quiere dar a entender?

—Verá, he hecho suposiciones. Le contaré un cuento.

—No estoy para estupideces.

—Le aseguro que este cuento le va a gustar, todo encaja. Verá, había un hombre que sólo era poderoso en dinero y no tenía la ley en su mano, pero él fue comprando hombres y era tan astuto que hasta compró a un servidor clave, a un hombre que le podía servir en múltiples ocasiones, lo mismo para certificar una muerte súbita, curar heridas que harían recelar a la policía por el modo en que habían sido producidas, vigilar a personas en un lugar tan especial como el ala celular del hospital general e incluso, dándole un poco más de dinero o apretándole las clavijas, podría llegar al crimen si

se lo ordenaban.

—¡No podrá probar nada de eso!

—Luego, lo admite.

—Yo no admito nada.

—Eso no hará más que alargar nuestra conversación, porque usted acabará confesando por escrito. Ya me he tomado la molestia de dejar sobre su mesa papel y pluma.

—¿Qué? ¿Pero se ha creído que voy a cometer semejante estupidez?

—Si confiesa, si su conciencia le remuerde, cuando vaya a una corte se aliviará la pena en unos cuantos años y le advierto que eso no es tontería. Cuando lo sentencian a uno parece que da igual diez que quince, pero cuando los años pasan lentamente dentro de la penitenciaría ya no es lo mismo, porque cuando se podía haber salido aún faltan cinco años. Le estoy dando una oportunidad, quizá la gran oportunidad de su vida. Cameron estará perdido dentro de poco y usted caerá con él. Si ha confesado, la pena le será más liviana, aunque ello no me agrade porque lo que ha hecho usted es de lo más repugnante. Prefiero a los que matan cara a cara con una pistola.

—Está tratando de influenciarme y la verdad es que no puede probar nada.

—Está bien, le ayudaré un poco. El sargento Harris está en todo, y más ahora que se han descubierto los restos depositados en la Morgue y que gracias a una operación de occipucio se podrán declarar con total certeza como pertenecientes a la exesposa de Dennis Boodly y ello entrañará un cargo de homicidio.

—Yo no sé nada de esa mujer ni de lo que hace Cameron. Yo sólo estoy en el hospital.

—Sí, claro, en el hospital. Por cierto, usted ha firmado informes declarando que Dennis Boodly es drogadicto y usted sabe que eso no es verdad, aunque le hayan inyectado drogas para convertirlo en un toxicómano. Otros médicos declararán sin lugar a dudas que Boodly no se ha inyectado drogas antes, máxime cuando no tiene callosidades en vena alguna de su cuerpo. Fue un error por su parte, doctor, yo mismo advertí ese detalle, y ahora que van a prohibirle la entrada en el ala celular del hospital se propagarán una serie de cosas, como que usted quitó sangre a Boodly deliberadamente para

dejarlo débil y que surtieran un efecto más pernicioso en él los tóxicos que le inyectaban.

Berner sentía que todo se le venía encima. Aquel entrometido había averiguado demasiado.

—¿Por qué dice que han quitado el ala celular de mis manos?

—Se lo digo para que no cometa la tontería de querer atacarme, aparte de que yo le daría una paliza con suma satisfacción. Una voz anónima ha dado la alerta a la policía sobre la situación apuradísima de Dennis Boodly.

—¡Maldita Themperton, ha tenido que ser ella! —exclamó furioso.

Abby grabó aquel nombre en su cabeza. Seguramente, aquélla sería la enfermera de cara desagradable que viera en la habitación de Boodly. Serviría para testificar.

—¿Lo ve, Berner? Todo está perdido. Escriba su confesión en aquella hoja, diga que el intento de homicidio sobre Dennis Boodly y la falsificación de datos en su diagnóstico los ha hecho usted obligado por la extorsión o el soborno a que le tiene sometido Lyndon F. Cameron.

—Si firmo esa confesión, me matarán —arguyó Berner.

—No será Cameron quien lo haga, doctor.

Berner hizo un cálculo mental de su posición ante la justicia. Sudaba gotas gruesas y amargas ante Abby L. Morton.

De lo que hiciera años atrás en obstetricia podrían probarle poca cosa, aunque por ello le quitaran la licencia médica y quizá le encerraran algún tiempo, y por lo de Boodly también le caerían algunos años y automática retirada de la licencia. Sin embargo, si Boodly moría, su situación habría dejado de ser crítica para pasar a ser trágicamente mortal.

—Está bien, pero espero que esta confesión me sirva para algo en la corte cuando se haga mi defensa.

—Bien, doctor, veo que es usted sensato. Ahora, en la confesión, pondrá algunas cosas que quiero saber.

Lyndon F. Cameron estaba nervioso aquella noche.

Sus confidentes le habían notificado que el doctor Berner estaba encerrado en la cárcel y aquello le preocupaba, pero aún se sobresaltó más cuando le comunicaron que el sargento Harris deseaba verlo y que le, aguardaba en la sala de juego en compañía

de un francés del que sus hombres no habían sabido darle el nombre.

Las mesas y máquinas de juego estaban animadas como cada noche. El dinero entraba a raudales en la caja del Mayer Hotel.

Cameron acudió a recibir a su visita, reconociendo inmediatamente al sargento Harris. En cuanto a su acompañante, mucho más alto que él, tuvo la impresión de conocerlo pero no sabía de qué.

Aquel hombre ocultaba sus ojos tras unas gafas redondas, insolentes. Tenía cabello fino, plateado y muy ondulado a la moda francesa de treinta años atrás. Lucía bigote canoso y vestía de negro impecablemente.

—¡Oh, *monsieur* Cameron, cuánto tiempo sin verle! —le saludó efusivo con un marcadísimo acento francés.

—Lo siento, pero no recuerdo. —Luego, miró al sargento—. Buenas noches, sargento Harris. Creo que deseaba verme.

—Sí, es por la bronca que se armó ayer.

—Ah, muy bien. Gracias por soltar enseguida a mis hombres.

—Pero *monsieur*, ¿es posible que no me reconozca? —insistió el galo con grandes ademanes casi versallescos.

—No, no le recuerdo.

—Pero si nos conocimos en Montecarlo. Allí conocí también a una compatriota suya que se llamaba Simmons, Nataly Simmons. Ahora no recuerdo su nombre de pila, lo tengo en la punta de la lengua y no recuerdo...

—No sé de quién me habla.

—Sí, *monsieur*, era una mujer maravillosa. Hacía muchos trucos, tenía mucha habilidad, pero lo que hacía mejor era descubrir los trucos de los demás.

—No me interesa conocer la historia de su Nataly Simmons, señor...

—¡Oh, *monsieur*!, ¿cómo no va a interesarle? ¡Si era una mujer maravillosa! Ella descubría los trucos porque sabía hacerlos también.

—Sargento, creo que ya le he dado las gracias por la libertad de mis hombres. ¿Desea algo más en especial? Comprenda que es muy complicado dirigir un hotel de esta categoría.

—Sí, lo comprendo —asintió Harris como si fuera un mero

espectador mientras observaba al francés por el rabillo del ojo.

—Me decepciona, *monsieur*. No acordarse de mí cuando en Montecarlo aprendió tantos trucos.

—Bueno, amigo, ya me está hartando. No le conozco y no he aprendido trucos en ninguna parte —replicó Cameron, que daba vueltas a su cabeza para recordar dónde había visto antes la cara del francés. Quizá sólo se pareciera a alguien que conocía.

—Conque no aprendió trucos, ¿eh, *monsieur*? —De súbito, se encaró con una ruleta que volcó antes de que nadie pudiera impedirlo y ante la estupefacción de Cameron, que jamás había sospechado que alguien pudiera hacer tal cosa.

—¿Qué está haciendo?

—*Monsieur*, me ha dicho que no hacía trucos y sin embargo aquí los hay. Fíjense, fíjense todos.

—¡Apártese de ahí! —gritó frenético mientras varios de los vigilantes vaqueros corrían hacia el francés.

—No vayan a tocarlo —advirtió Harris.

—¿Qué le ocurre, sargento, es que he de dejar que de nuevo me destrocen el local y usted vaya protegiendo a los camorristas?

—Usted no debe temer nada si nada malo hay, Cameron.

—Fíjense, fíjense —insistió el sorprendente francés.

Con un descaro que hizo rechinar los dientes de Cameron, señaló los extremos de las patas de la mesa de ruleta.

—¿Lo sacamos de aquí, patrón? —preguntó Micke, dubitativo.

El sargento Harris insistió:

—Primero, dejen que demuestre lo que pretende demostrar.

—¡Aquí no hay nada que demostrar salvo que esto significa un atropello y me temo, sargento, que usted va a pasarlo mal, ya que está protegiendo a este hombre con un uso indebido del cargo que ostenta!

Para el francés, todas las protestas eran ruido de lluvia. Siguió con su demostración pública.

—Es perfecto, apenas unas puntas metálicas de contacto que han de coincidir con otras puntas semejantes que están en el suelo y que corresponden a cada lugar donde deben asentarse las patas. Como el mosaico está con dibujos, es difícil descubrirlo, pero ahí están. Muy bien, *monsieur* Cameron, consiguió usted superar a su padre, incluso hasta en la forma de ser ajusticiado.

—¿Qué está diciendo?

—Que está robando a todos sus clientes, porque todas sus máquinas están trucadas.

—¡Está loco, llévenselo!

—No tan aprisa, señores. —Se quitó el bigote y la peluca, sorprendiendo a los vigilantes y dejando frenético a Cameron.

—¡Morton!

—El mismo, y ya sé qué sucedió con Bárbara Nataly Simmons. Era muy lista la exesposa de Boodly. Ella descubrió que sus máquinas estaban trucadas, que robaba millones con sus trucajes electrónicos. Mediante unos circuitos cerrados de televisión, la propia computadora debe controlar las apuestas. En los números donde no hay nada o poco, cae la bolita. Las computadoras son muy rápidas y hacen el cálculo en el último instante, accionando el electroimán del número correspondiente. No era fácil descubrirlo, pero si se revisan las mesas se verá que hay dos tableros en cada una, sólidamente pegados como si fuera un tablero de mayor grosor. En su interior esconden un complicado circuito electrónico impreso. Todo está controlado desde el subterráneo al que se llega por debajo del escenario del salón. Me lo ha contado un pajarito con cabellos de oro que ha estado husmeando por esos lugares a petición mía, claro.

—¡No es cierto! —aulló Cameron mirando a sus hombres, los cuales permanecían indecisos. Había demasiado público en derredor, y además estaba el sargento Harris.

—¿Qué es, pues, lo del subterráneo, sino una computadora que controla todas las máquinas para que no sea posible el error humano? Será fácil comprobarlo. Sargento Harris, creo que puede hacer entrar a sus hombres.

Harris sacó un silbato y lo hizo vibrar ante la rabia de Cameron, que se armó inmediatamente con una pistola mientras varios de sus vaqueros disparaban a las luces, pretendiendo apagarlas.

Abby se lanzó contra Cameron tirándole su pistola al suelo, pero el asesino, pese a ser pequeño, sabía luchar y Abby tuvo que forcejear con él cuando éste chilló:

—¡Matadlo!

Micke y Sloom empuñaron sus «Colt» y dispararon contra Morton, pero éste les lanzó a Cameron, que quedó en medio de la

línea de tiro. Fue cosido a balazos en medio de una gran confusión y griterío.

Los hombres del sargento Harris barrieron materialmente a Micke y Sloom. El resto se entregaron.

—Buen trabajo, Morton. Esto era un nido de ratas. Todas las máquinas trucadas y si encontramos la computadora abajo —pisó el suelo—, le doy un beso.

—Olvídense del premio y cierre rápidamente el hotel. Yo tengo otras cosas que hacer.

EPÍLOGO

Los labios de la rubia Geraldine se apartaron lentamente de la boca de Abby. Mientras le mesaba los cabellos oscuros que destacaban sobre la sábana preguntó:

—¿Cómo te sientes?

Abby miró a lo largo de su brazo, al que había conectada una aguja que se comunicaba con una goma al brazo de Dennis Boodly. Éste, pese a tener los párpados cerrados, sonreía agradecido. La enfermera Themperton pasó por alto aquella forma nada ortodoxa de dar sangre mientras se besaba con una mujer.

En aquel momento se abrió la puerta y en el umbral aparecieron el sargento Harris y un hombre muy alto, grave y de nariz aguileña.

—¡Papá!

—Geraldine, en vez de telefonear he venido a buscarte personalmente.

El sargento Harris carraspeó, diciendo inmediatamente:

—Morton, el juez ha ratificado que las joyas que le encontraron encima son tuyas. Ya no hay problemas.

—Muy bien, sargento, le felicito por su éxito. Ya he leído la Prensa.

—Como usted dijo que el éxito sería mío... —se disculpó el policía.

Abby sonrió. Miró al juez Randall y le dijo:

—He cumplido con mi deber. He encontrado a su hija.

—Sí, ya lo veo, y ahora me la llevaré yo.

—Papá, te presento a tu futuro yerno —dijo Geraldine con una sonrisa.

—¿Quééee?

Abby L. Morton puso cara de circunstancias.

—Lo siento, juez. Esas cosas ocurren, no se pueden remediar cuando aparece una chica como su hija.

—¡Si se casan, la desheredo!

—Contábamos ya con eso, papá —dijo ella tranquilamente, besando de nuevo a Abby.

El sargento Harris volvió a carraspear.

—Creo, juez Randall, que en cuanto tenga nietos sanos y robustitos no va a pensar en dejar sus millones a la beneficencia.

—Está bien, pero el primogénito se ha de llamar Howard como yo.

Las manos de la pareja, absorta en su beso, se alzaron al mismo tiempo en señal, de asentimiento.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

